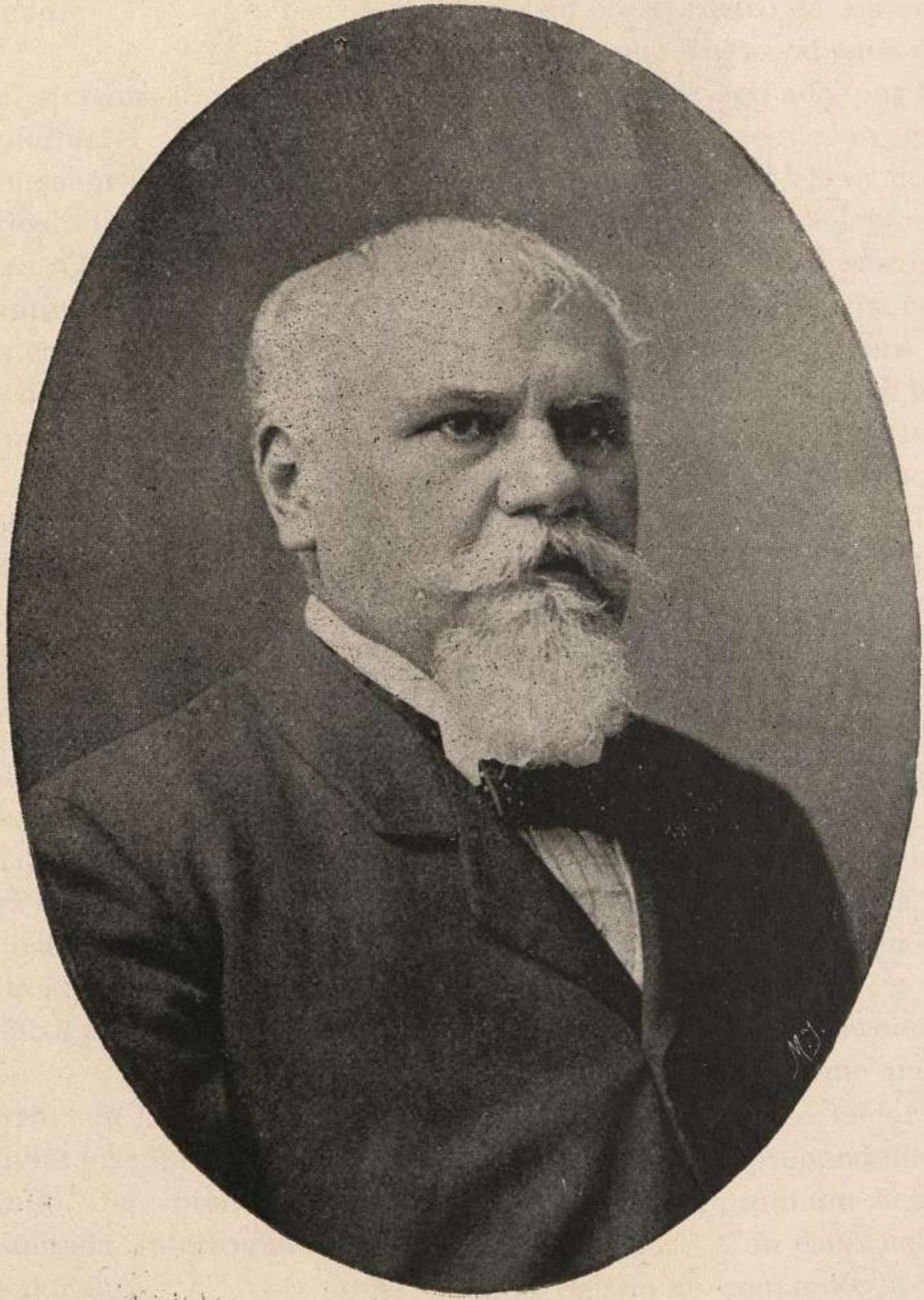


LIC. JUSTO SIERRA.



JULIO DE 1905.



REVISTA MODERNA
DE
MEXICO

EL NUEVO MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA

DON JUSTO SIERRA

El sábado al mediodía, y ante el señor Presidente de la República y su Gabinete, prestó la protesta de ley el Licenciado D. Justo Sierra, como Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Muy poco tiempo hace que el nuevo Ministerio fué creado, y sólo algunos días que el Sr. Sierra fué nombrado Ministro; pero el país entero sabía, que si hay en él un hombre con derecho á regentear los destinos intelectuales, ese hombre era el que un día inolvidable se llamó á sí mismo un «maestro de escuela,» el que, maestro en efecto, pero en sentido más alto aún, ha sido llamado por toda la nación, por toda la América latina, el hombre incomparable, que ha sabido y podido realizar el milagro de llegar al propio tiempo á la cima del humano amor. Porque D. Justo Sierra es un «maestro bueno,» y un buen maestro, un santo social aureolado por el genio, un genio aureolado por la santi-

dad. Es su alma luminosa y serena, inmensa como el mar, pero en ella ni pasa el viento arrugando la superficie en ondas de pasión, ni las nubes llueven sus desolaciones, ni el sol su fuego de fiebre. . . . Es un mar á cuya imperturbabilidad divina asoma el cielo su perenne y jamás mancillado azul, un mar en cuyo cauce no cabe conflagración alguna, sino el ritmo y el compás y la ponderada armonía de las ondas.

Yo he pretendido esculcar esa alma para encontrar en ella una sombra que la acercase á mi alma obscura. . . . ¡Pero esa alma no tiene sombras! He pretendido atisbar ese océano para distinguir en él la vela negra de un pensamiento desdeñoso ó amargo. En ese mar no hay más que velas blancas. . . .

Ningún enemigo, ninguna injusticia, ninguna maldad han logrado envenenar una sola gota de ese raudal cristalino de

amor que brota del corazón de Justo Sierra. Si es cierto que el odio es santo, la del odio es la única santidad que falta á este maestro.

Sin duda que es signo de intensa humanidad la intensa pasión; el grande amor, el grande odio: amar al amigo, odiar al contrario. Sin duda que dentro del criterio del mundo, el hombre hecho así, es un hombre completo, en el cual se advierte el eterno contraste de sombra y luz. . . . Justo Sierra, en este sentido, no es un hombre completo: más aún, se aleja de la humanidad: le falta la porción de sombra, no tiene más que luz. . . . ¡Hay seres así! La humanidad no los define bien, porque no puede verlos bien, y no puede verlos bien, porque alumbran demasiado. Deslumbran y molestan la retina de nuestro análisis.

Son estos hombres profundamente desconcertadores porque no se parecen á nosotros: Su rareza nos choca é irrita; quisiéramos en la enorme zona de resplandor buscar un ribazo de obscuridad para apreciarlos por contraste; pero no lo tienen, y

para conocerlos, hay que sumergirse resueltamente en ese esplendor molesto.

Intimificad más esa luz, multiplicadla, y tendréis un ángel, un ser de otras humanidades planetarias, llegadas á un cielo muy más amplio que el nuestro. Multiplicad una de esas almas hasta el heroísmo, y tendréis á Dios.

Justo Sierra tiene enemigos. Los tuvo Cristo. Y los tuvo Platón. Y los tuvo Newton. Si, Justo Sierra tiene enemigos... Pero él no lo sabe. Lo han insultado y herido, pero él no lo sabe. . . .

A un cedro del Líbano fueron á decirle que en la base de su tronco se encontraba una ortiga. El cedro no lo sabía; estaba distraído, mirando al cielo.

A una montaña fueron á decirle que en sus bravas escarpaduras se abría un antro donde se había guarecido una serpiente; la montaña no lo sabía. Estaba distraída viendo pasar, allá abajo, las nubes, y bañándose, allá arriba, en la luz del sol. . . .

AMADO NERVO.



A M

Maligna como Circe la encantadora,
El pecho con tus artes hieres traidora,
Pero no satisfaces ansia ninguna,
Porque siendo como eres provocadora
Eres inaccesible como la luna.

Con el fulgor extraño de tu mirada,
Con tu dulce sonrisa que gracia expresa,
Produces el hechizo de ser amada,
Porque el alma mantienes enamorada
Con el vano espejismo de la promesa.

Eres una valquiria de rubio pelo
Y verdiclaros ojos, hija de un cielo
Empañado por brumas y por neblinas,
Y donde el sol, tras mallas de fino velo
Arde con luces vagas y mortecinas.

En el flirt emponzoñas las armas cruentas
Con las que despiadada la carne tientas,
Y como no te asalta la fiebre loca,
Tú permaneces firme como una roca
Inspirando pasiones como tormentas.

Soy el trópico ardiente, tú eres el polo,
Yo te digo mis cuitas y tú me engañas,

Y en las aras sangrientas en que me inmolo,
Codiciando tu cuerpo suspiro solo,
Sintiendo quemaduras en mis entrañas.

Con tus frialdades siento que me lastimas,
Tus besos son deleites que me escatimas,
Y aunque tus miembros ciño como la hiedra,
Tú, diosa inexorable, nunca te animas
Porque eres impasible como la piedra.

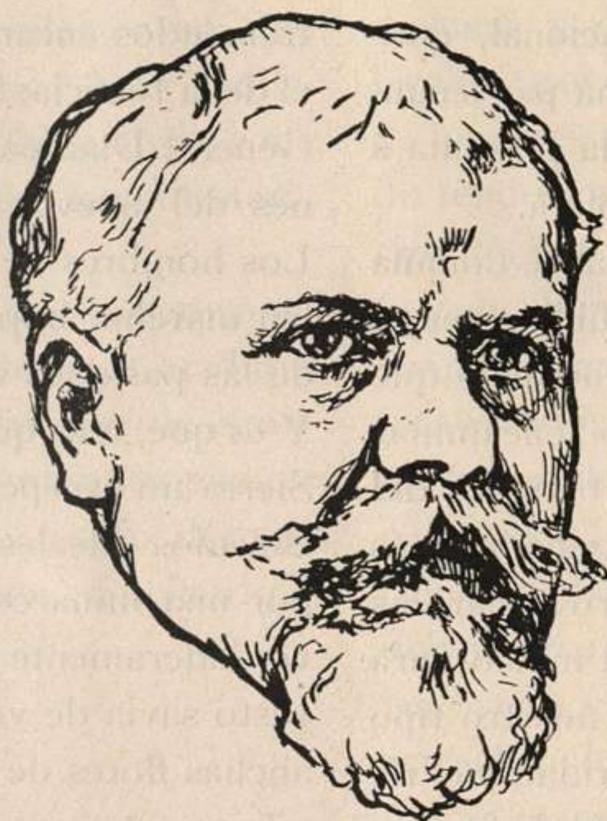
Y aunque tus ojos verdes son como el agua
De inmóviles albercas, aunque no atiza
El amor tu mirada que me hipnotiza,
Junto á ti experimento soplos de fragua
Y tu tibio contacto me galvaniza.

Cuando me das tu cuello blanco y pulido,
Me enerva de tus bucles el haz tupido,
Pues si el cáñamo embriaga con sus efluvios,
Yo al aspirar tus finos cabellos rubios
Sobre tu nuca quedo desvanecido.

Y si beso tus labios de pulpas rojas
Que alimentan la llama de mis codicias,
Bajo tus peinadores de mangas flojas
Siento temblar tus miembros como las hojas
Ante los huracanes de mis caricias.

EFRÉN REBOLLEDO.

Guatemala, 1905.



J.R.
-93.

EL PRIMER MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA

Como cronista, voy á dar cuenta de un suceso que ha producido un sacudimiento prolongado en el ambiente intelectual y moral de esta sociedad, que está más interesada de lo que parece en los problemas de lo porvenir, á juzgar por la preocupación y el interés que despierta cierta clase de acontecimientos. El Presidente de la República, cuya suprema aptitud de estadista está asentada en firme sobre un inquebrantable cimiento: el amor á la Patria, encontró el instante preciso en que una aspiración, cristalizada ya en el núcleo social, debía realizarse por fin, y tomar forma libre é independencia de movimiento en el organismo político. La creación de un Ministerio de Instrucción Pública ha obedido, en parte, á la idea biológica de que

el deseo del órgano crea el órgano. Todos nuestros pensadores, los que atenta y cuidadosamente se preocupan, años ha, en dilucidar las hondas cuestiones de nuestra individual supervivencia como nación americana; los que llevan tiempo de estar asomados á la hornaza donde ha de fundirse el bronce popular, y que guardan en su corazón, como afflictiva tortura, el temor de que no surja la estatua de la Libertad de los misteriosos moldes del destino, creían en que era necesario que cuanto antes llegase, franca y seguramente, esta época tranquila, durante la cual se ordenasen los materiales y se robusteciesen los elementos de lo futuro: la era escolar. Una inmensa palpitación de vida colectiva se siente por todas partes. Hay en la tierra

de este país rumores primaverales, como de jugos nuevos. El alma nacional, entibiada por el largo estío de una paz fecunda, tiembla como una crisálida próxima á romper su frágil envoltura: volará.

Sólo que, para que se realice tamaña esperanza, para que la República tenga conciencia absoluta de este fenómeno que principia á verificarse, precisa encaminar á una meta definida, á la alta meta del ideal y de la cultura, á las generaciones que llegan. Es necesario aprovechar las condiciones del carácter y del medio para transformar, sin deformarlo, nuestro tipo social; para darnos la peculiaridad y el relieve definitivos; para armarnos de firme y terca voluntad étnica en el combate de la vida. En el mundo moral no basta caminar, que es existir; urge ascender, que es perfeccionarse. Es indispensable, pues, que un grupo educador que medite mucho, y observe mucho, y experimente mucho, y ame mucho su obra, abra senderos y ponga guías en esta lenta y gloriosa ascensión. Arduo trabajo es éste; excelso trabajo de fe, de amor y de paciencia: fe apostólica, amor beatífico, paciencia benedictina. Las escuelas son á modo de laboratorios psíquicos, de los que, por acciones y reacciones, sale un nuevo espíritu unificado y puro. Las almas de los niños no son otra cosa que partículas de la gran alma de la Patria.

Se necesita en el Estado un órgano exclusivo y especial para función tan importante. El Presidente de la República, que es como la personificación de los deseos nacionales, ha creado el órgano.

*
* *

¡Y ahora, prepárate á morder, maledicencia! Don Justo Sierra, Subsecretario, durante cuatro años, de este ramo administrativo, y colaborador ardiente del Mi-

nistro que dividía sus atenciones entre dos tremendos encargos: el de la Educación y el de la Justicia; fué designado por el señor General Díaz para desempeñar las funciones del nuevo miembro gubernamental. Los hombres de criterio alto, los que suelen marchar impávidos sobre la marejada de las pasiones violentas, han aplaudido. Y es que, más que nada, ven en Don Justo Sierra un excepcional caso de enérgicos y elevados ideales fomentados, cultivados por una inmarcesible juventud espiritual, verdaderamente asombrosa. Hay en Don Justo savia de veinte años, que estalla en anchas flores de sentimiento y de pensamiento. La salud moral de este hombre produce, á quien por primera vez se percata de ella, un raro asombro. Es una salud de hierro, á prueba de vicisitudes y desengaños.

La anemia del escepticismo, la clorosis de la experiencia, el normal debilitamiento de la lucha, no han penetrado en él, no lo han abatido. Esa alma no conoce tales achaques. Es fuerte, es sana; en ella entra el dolor, pero no el desencanto. El combate la vigoriza; el obstáculo la estimula.

Si alguno me preguntara: ¿y por qué? ¿cuál es la causa de que un semisecular retenga, con ímpetu tan vigoroso, las actividades del ánimo? ¿qué clase de corazón es éste que no ha mezclado los ajenos de la desilusión al bálsamo de las esperanzas? ¿qué especie de cerebro, donde las ideas se ensanchan, se amplifican, se elevan, adquieren fuerza alada, penetración y claridad, sin perder sus pristinas orientaciones, su vuelo hacia la verdad, por el horizonte del Bien y de la Belleza? ¿qué casta de hombre, en quien no han dejado huella de amargura y misantropía los quebrantos de la existencia; las pequeñeces y traiciones humanas; las minúsculas infidelidades de la suerte; las engañosas promesas del ensueño; el dolor que hiere á mansalva; la

realidad que nos vuelve irresolutos, desconfiados y tímidos; la vida, en fin, que poco á poco nos gasta y nos hace indiferentes ó egoístas? . . . ¡Oh! si alguno me interrogara de esta guisa, yo le contestaría sin tardanza:

—Amigo: para llegar á esta serena altura, para desprenderse de estas ataduras de pesimismo, para desnudarse de egoísmos hoscos y malsanas misantropías, se necesita, antes que todo, ser bueno; después de todo, ser sabio. He aquí descifrado el misterio.

*
* *

La salud moral de Don Justo depende de la nobleza de su espíritu. El entendimiento, tranquilamente luminoso, es una antorcha; pero el sentimiento es la mano que lleva esa antorcha; la lleva al Amor, la lleva á la Bondad, la lleva á la Misericordia. Don Justo es espíritu de fe y de Piedad; un joven espíritu que alienta ideales, no de los frágiles, de los efímeros, de los volubles y tornadizos, que son como las fantasmagorías de las almas débiles, y las alucinaciones de las vidas enfermas, sino de los grandes, de los excelsos, de los que, como las montañas, se ven desde lejos al comenzar el camino, crecen conforme se acerca uno á ellos, y hunden la blanca cumbre en la infinita diafanidad de los cielos.

Cuando se tiene la cabeza muy blanca y la conciencia muy limpia; cuando una larga, una perpetua meditación, un recogimiento intelectual, con perseverancia de diamantista, han pulido el ensueño; cuando se ha encontrado la ruta definitiva de un anhelo altruista y santo, y en ella, sin tropezar, sin caer, hollando con pie firme la realidad, se han ejercitado los ojos interiores en la contemplación de las aspira-

ciones humanas; cuando del fondo de la creencia y del ideal sabemos sacar una lección provechosa para el mejoramiento de los seres con quienes convivimos; cuando tendemos la mano para señalar un horizonte; cuando pronunciamos palabras de fe y de aliento en las amorosas prédicas; cuando hacemos la consagración de nuestros estudios y afanes á la tarea de despejar los senderos del porvenir á las peregrinaciones que ascienden, á las romerías recién llegadas, no es extraño que en redor nuestro, como en el viejo símbolo de las ovejas y el buen pastor, se agrupen y estrechen las almas nuevas, ávidas de lo que el maestro, porque lo tiene, da á manos llenas: fe, esperanza y amor.

Eso ha sido Don Justo Sierra desde hace muchos años, para la niñez y la juventud mexicanas: un director, un alentador, un educador.

* * *

La estupenda labor que ahora emprende para la completa formación del intelecto y del carácter nacionales, requiere, á la vez que un profundo conocimiento del problema, un cordial y persistente impulso de entusiasmo, una voluntad incommovible, un arraigado y tenaz propósito de no vacilar, de no desmayar, de no dejarse vencer por el obstáculo, por la fatiga ó por el desengaño. Es preciso, además, haber pensado profundamente en nuestras necesidades psicológicas, haberlas sentido intensamente; saber lo que debe hacerse para confundir, y mezclar y unimismar en idéntica aspiración los embrionarios estados de conciencia de esta gran masa de primitivos, en cuyo seno obscuro y triste, se esconde la atávica resignación de las prehistóricas sumisiones y la desconfianza de raza de que el progreso sea para ella una esclavitud más. Hay que abrir muchos surcos antes de regar las semillas.

La misión, como se ve, es tremenda.

No es sólo la especialización, no es sólo la atención, sino el apostolado lo que hay que poseer para no arredrarse ante los magnos compromisos. Don Justo Sierra lleva en sí potencias y virtudes excepcionales. Trabajaré con el ahinco de su fe, con la clarividencia de su talento, con la rica sangre de su corazón generoso, con el sereno y alto esfuerzo de su salud moral.

Por eso los hombres de recto juicio, creen que fué acertada la elección del señor Presidente, y la aplauden. Entrevén en ella la realización de una gran esperanza.

* * *

La noticia del nombramiento del primer Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, llenó la semana de comentarios políticos y sociales.

Yo la recogí, como era mi deber, en esta crónica; y creí que sería honrado decir en alta voz, una vez más, y en su oportu-

nidad, lo que pienso de mi maestro y de su jefatura pedagógica. Adrede no me he desbordado, como acostumbro, en filigranas de tropos y cinceladuras de estilo; he expresado francamente mi sentir, y también espontánea y lealmente. Mi amor filial, la admiración, y la veneración de toda mi vida, no titubearon en el instante de comenzar á escribir estas líneas; no se avergüenzan al terminar. Tienen la convicción de cumplir con el mandamiento cristiano: honrar padre y madre.

Ahora sí, gruñe, glotona; ahora sí, dame del adulador y del cortesano; ahora si arrastra mis alabanzas por el lodazal de tus calumnias. Estoy complacido de presentarte un flamante manjar: está exquisito. Es un afecto puro, es un cariño santo, es una devoción, es un ideal sagrado el que te presento: ¡anda, maledicencia, lobezna taimada, hinca los colmillos: muere en carne sana!

LUIS G. URBINA.

(De «El Mundo Ilustrado.»)



A DON QUIJOTE

También yo como tú, andante caballero,
Cuando una mañana deshojó la temprana
Floración de la aurora sobre un blanco sendero
Dejé la casa antigua. . . . se abría la mañana
Como un gran girasol en la gloria del día,
Con sus vidrios azules mi ventana reía
Y en el gozo del campo una clara campana
Cantaba un ritornelo de vieja pöesía;
De cuando en cuando, raudo, ágil, limpio y sonoro,
Pasaba por los aires como una flecha de oro
El agrio clarinazo de un gallo madrugero! . . .
Yo también como tú, andante caballero,
Vestí brillantes armas: hice de mi quimera
Una vibrante y alta y muy noble cimera,
De mi orgullo una lanza, aguda como un reto
Y de mi juventud un espaldar y un peto.
Y así vestido y apto para una luenga andanza
Embracé el áureo escudo de mi fe y mi esperanza!
Yo también como tú, oh caballero andante,
Devota y tiernamente ensillé á Rocinante
Que soñaba, mostrando en su figura enteca
La actitud gloriosa de un ancestral Babiéca!

Y salí á la conquista. . . . Soplo de primavera
Cual mano femenina alisó mi cimera
Mientras dijo una alondra un canto de partida. . . .

Oh bizarro episodio! Oh primera salida,
 Loca, joven y grande cual la tuya, oh Manchego,
 Porque tu alma y la mía ardén al mismo fuego,
 Porque seguimos juntos por los mismos caminos,
 Porque del ideal somos los peregrinos. . . .
 (Aun conservo en mi alma un perfume de gloria,
 Pues fuí tu compañero en la lejana historia
 Del asalto glorioso á gigantes mohinos
 Que un mal encantamiento transformara en molinos).

Oh Señor ¡mi señor! Yo salí firme y fiero,
 Ármame como tú, andante caballero,
 Yo velaré mis armas en una noche azul
 Junto al brocal de un pozo; mi señora la Luna
 Será augural y próspera á mi bella fortuna
 Y dirá mis loores desde un sauce un bulbul.
 Y así iré con tu fe y tu amor! Y mi mote
 Será: «Por el lustre del Sr. Don Quijote
 Y por la mayor gloria de Doña Dulcinea,»
 Porque yo, como tú, la amo! En la pelea
 Ví pasar el relámpago de sus trenzas de oro,
 Ví florecer jazmines sobre su cuello terso
 Y oí entre los redobles de un atambor sonoro
 Que su boca decía mi triunfo con un verso!

.....
 Y por ella y por ti yo salí una mañana:
 Con sus vidrios azules reía mi ventana
 De par en par abierta sobre la inmensa vida. . . .
 Busco ahora el combate tras de aquella salida
 Persiguiendo el renombre de una grande fazaña
 Y daré cima á una peligrosa y extraña.

Domar á los leones, librar á un galeote
 Y cuando haya triunfado, mi galardón que sea,
 Asomarme á tu alma, oh divino Quijote,
 Y besar la blancura de tus pies, Dulcinea!

ANGEL ZÁRRAGA.

Mayo 1905.

FRENTE AL ARCO DEL TRIUNFO

Los Bárbaros, Francia. Los Bárbaros, cara Lutecia!
 Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.
 Del cíclope al golpe, ¿qué pueden las risas de Grecia?
 ¿qué pueden las gracias, si Herakles agita su crin?

En locas faunalias no sientes el viento que arrecia,
 el viento que arrecia del lado del férreo Berlín,
 y allí, bajo el templo, que tu alma pagana desprecia,
 tu Vate, hecho polvo, no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina;
 oh, Roma, suspende tu fiesta divina y mortal!
 Hay algo que viene como una invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.
Tannhauser! resuena la marcha marcial y argentina,
 y amaga á lo lejos el águila de un casco imperial.

RUBÉN DARÍO.

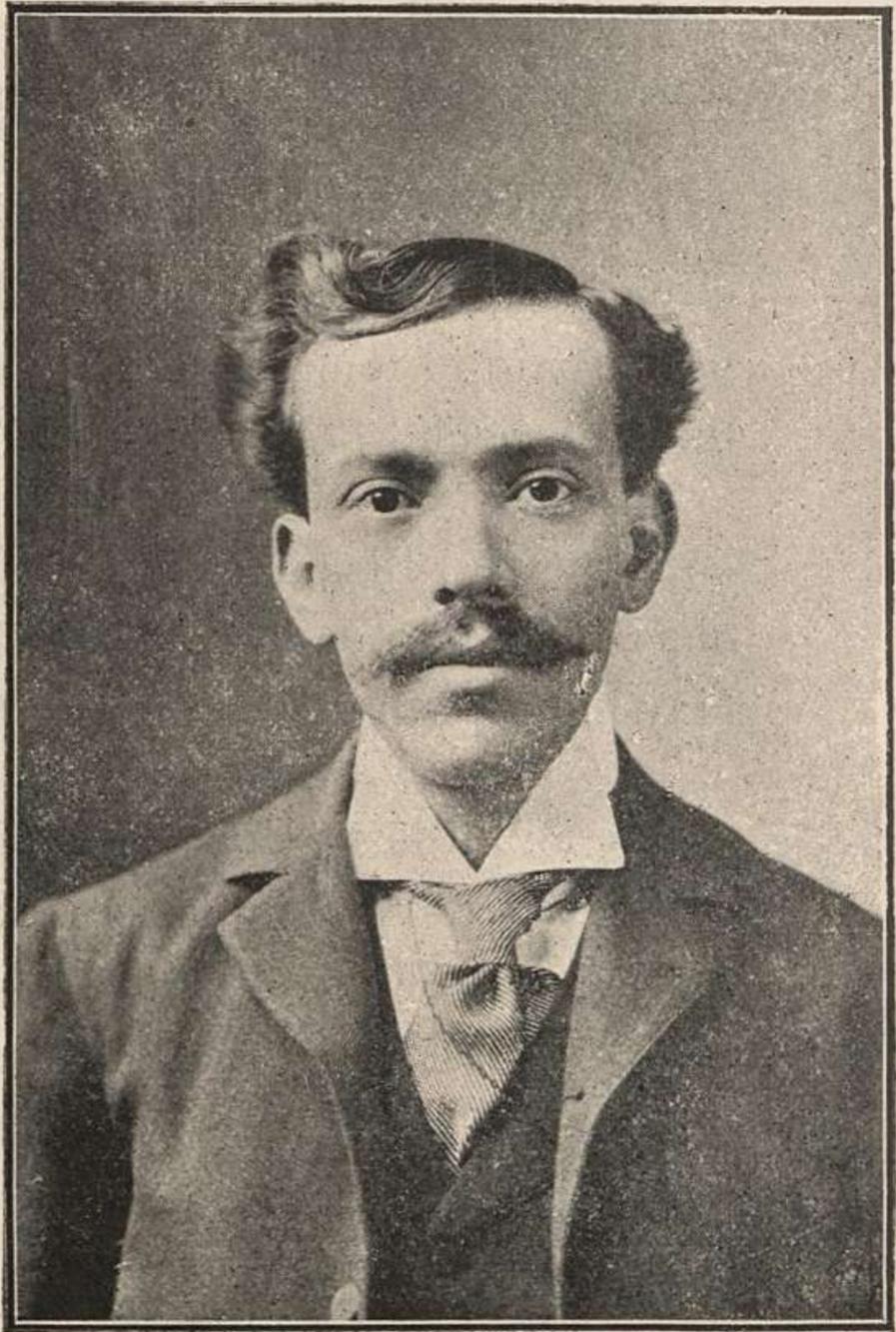
París.



EZEQUIEL CHAVEZ

El mismo día en que todo el México intelectual celebraba con entusiasmo unánime la exaltación del maestro Sierra al honroso puesto de Secretario de Estado, ese mismo día memorable en que la Ciencia y el Arte nacionales y la juventud entera veían llenos de júbilo la realización de un ideal largamente anhelado, se supo que el Presidente de la República completaba su sabia obra, nombrando Subsecretario del Ministerio de Educación y Bellas Artes al Lic. Ezequiel A. Chávez. Todos aquellos que de antemano pensaban en el futuro sustituto del señor Sierra, veían dibujarse en su pensamiento la silueta apacible y meditativa de Ezequiel, el joven maestro cuya imagen es difícil concebir cuando se le evoca, de otra manera que, absorta, inclinada sobre un libro, como el «Fausto de las viejas estampas,» ó bien en la cátedra comunicando á sus alumnos, absortos y convencidos, el tesoro de su hondo saber, por medio de su verbo persuasivo, disciplinado y elocuente.

Esa figura de sabio; esa silueta de incansable y formidable trabajador; esa noble fisonomía, siempre absorta y como es-



tática ante un gran sueño de belleza ó de verdad; esa noble testa dignificada por el estudio; ese cuerpo, cuya aparente debilidad es una angustia para quienes lo queremos, pero que es un tremendo generador de energías; ese cuerpo de silencioso

gladiador y esa hermosa cabeza de sabio, están, al fin y por fortuna, en el bufete del Subsecretario de Educación.

Ayudando, secundando como hasta ahora lo ha hecho, tan eficazmente, tan abnegadamente, la magna y redentora tarea del Sr. Sierra, fabricando el porvenir, precipitando el cabal advenimiento de una era por todas las almas esperada, Ezequiel Chávez está en su lugar.

El que hoy es Subsecretario, fué años ha un modesto empleado; pero cualquier tarea con un hombre tal resulta dignificada y engrandecida.

Los discípulos del Lic. Chávez, unánimemente celebran su ascenso, y recuerdan con qué sabiduría el joven maestro hizo irradiar entre ellos, con adamantina luz de verdad, las penumbras de los más hondos problemas psicológicos.

El mundo literario tiene una sola voz para loar ese suceso, y se envanece del

triunfo de su compañero, recordando las proezas oratorias de Ezequiel, que desde una memorable noche, en que se celebraba al gran Altamirano, se reveló como un gran orador, y arrebató al auditorio con el relampagueo de su ardiente y tonante oración.

Ha sido, pues, unánime el sentimiento de satisfacción que el nombramiento del Lic. Chávez ha causado. Con los nombramientos de Secretario y Subsecretario del nuevo Ministerio, el Sr. General Díaz ha probado una vez más, que es el fiel intérprete de los intereses de la Patria, y que ella marchará por el ancho sendero que señala su brazo vigoroso, á un próximo futuro de grandeza.

La «Revista Moderna» une su aplauso al unánime y atronador que resuena en el país, aprobando con entusiasmo esos recientes actos del Sr. General Díaz.

J. J. T.



“ALMAS Y CÁRMENES,”

DE JESÚS E. VALENZUELA.

«El poeta —soñaba en mi ensueño— debería ser así. . . .» (Y los espectros rutilantes de Goethe y de Byron magnificaban mi ensueño). «El poeta debería ser espléndido, caballeresco, fuerte, joven, poderoso, noble, leal, romancesco, apasionado, lírico, dominador y audaz!» Y la visión de Rafael, cortejado por su brillante séquito de doscientos caballeros resplandecientes; y la visión de Rubens, ennoblecido por Felipe IV en reales cacerías y primado en saraos; y la visión de Haendel, ostentoso en las galeras plantagenetas de Britannia de la noble cabellera leonina; y la visión de Wagner, triunfante por la fascinación del bávaro príncipe esteta que le llamó «divino amigo;» y la visión de los artistas escogidos por la fortuna y por la gloria para dar el soberbio espectáculo de la belleza omnipotente, del arte encumbrado á la realeza por el sólo poder de su prestigio incomparable, me sacudían generosamente



al echar á volar mis pensamientos raptos.

Y la leyenda principiaba:

Un día surgió el poeta de las *Anúbadas* en plena lucha: como armas llevaba su juventud y su ambición, como coraza y casco su corazón y su cerebro. La fortuna acababa de darle su primer beso de amor en plena adolescencia, y el Caballero del Ensueño había sacudido su deliquio, y azotado por su salvaje sangre conquistadora,

lanzóse al estadio en que rugían tremendas pasiones hambrientas, en que una tempestad de oro llovía sobre los victoriosos y los fuertes, y en la ruda pelea se le vió surgir triunfante, blasonado por la fortuna, parangonado con los más altos, festinador de su ensueño realizado, pródigo en regar á raudales su emblema: una águila acuñada en una onza de oro!

Entonces vióse una cosa inaudita: un poeta fabricaba, no castillos en el aire, sino palacios en una gran ciudad. Levantaba

alcázares y los decoraba suntuosamente, y los alhajaba espléndidamente con alfombras tejidas en Ispahán, con brocados y telas de Oriente, con bronces y mármoles y cuadros de firmas ilustres, con cristales venecianos y porcelanas de Sevres y de Sachsen, con tapices de Batavia y tibores de China, con lacas y biombos japoneses. . . . todo auténtico y adquirido á gran precio para embellecer las fiestas espléndidas en que el poeta, entre una pléyade de intelectuales y de artistas, de viejos guerreros veteranos, y jóvenes corifeos acaudalados y sonrientes, coronaba de rosas su cabeza altanera y bebía el champagne-rosa en copas de Bohemia en loor de *Salammbó* febea, de la enamorada solitaria, de la juventud apasionada y triste, que abría los ojos ojerosos y lánguidos en el lecho del núpida, rendida de mucho amar!

Y la leyenda continuaba:

El poeta llenó entonces con el estruendo de sus trenes la gran ciudad. La lluvia de oro caía sobre la sonriente ciudad cortesana como sobre el regazo de una Dánae yacente. Los festines de poemas bárbaros de Lioe joven, á su entrada triunfal en Tracia en su carro glorioso tirado por tigres dóciles, inundaban el viento con evohés vibrantes, con jubilosas aclamaciones consagradoras del poeta de los *Himnos salvajes*, pleno de acción y fuerza, en posesión de su ensueño real, pletórico y púgil, desbordado como un río torrentoso que riega la abundancia con el caudal de los hielos fundidos de las cumbres. Abría su billetera, en la que cada papel era un millar, y la ofrecía, como se ofrece una tabaquera henchida de habanos; y ocasión hubo, para que su prodigalidad aliviara así fiebres y rubores y angustias como sed de placeres! Pero el altivo símil del león esculpido en sus versos robustos, nutridos como el discípulo del centauro Chirón, con corazones de osos, sacudía su melena or-

gullosa, rugía ante las miserias que solían asediar á sus amigos débiles, y mataba un dolor de un golpe, como su león simbólico de un zarpazo!

Y la leyenda continuaba:

Su encumbramiento, empero, fué fugaz. Como todas las obras de ensueño, al expandir su prepotente imperialismo, al acometer locas empresas, el poeta no conocía la perversidad de los hombres, y confió en ellos con el candor de un niño. Y el desastre vino fatalmente. Los gambusinos cayeron sobre el «águila herida por traidora mano» comoalcones de presa, como aves de rapiña; apiñáronse en el saqueo, y metieron la mano hasta la axila para limpiar sus arcas; la turba de advenedizos vividores acechaba los alardes convulsivos de aquella agonía aquilina, jadeante bajo la nube rapaz, en que el poeta no podía matar ya el dolor de un zarpazo; pero sí ahuyentarlo de un aletazo; y, en su desmembramiento, viósele prodigar los restos que le quedaban de su vasta fortuna y consolar miserias, cuando era él quien necesitaba de un consuelo!

¡Y la leyenda continuaba. . . .!

Pero, ¿quién era este hombre excepcional, este poeta fuerte y lírico, del que solamente conocía yo los versos forjados á martillazos, como las armaduras forjadas por los cíclopes, pero capaces para acorazar vidas en las cruentas luchas humanas? ¿Quién era este derramador de verdades y de consuelos en sus poemas de apenas devastadas formas titánicas, como los mármoles de Rodin, que causaban piedades históricas á los orfebrietas joyeros y alta y franca admiración á los artífices suntuarios del verbo?

Llegué tarde, y probé las heces de su vino en su viejo carquesio. Pero yo no sabía entonces de amarguras, y encontré el vino bueno y el vaso bello! En torno á la mesita de mármol, en la penumbra ama-

ble del bar, reí gozosamente con la delicia espiritosa de la verba genial del poeta. Invadíome la plácida embriaguez del vino del Rhin al lado del amigo noble y leal, en soñada y felizmente realizada compañía de artistas, en noches estrelladas de placer, en ronda antigua de faunos y ninfas *chez Aurelie*, al abrigo de la turba plebeya de analfabetas que habían huído guardándose el botín del suntuoso despojado; pero al que no pudieron despojar de su hermosa alegría antigua que recibiera como un dón inmortal! La odisea de bar en bar, cual un enjambre de abejas de flor en flor, duró bien un lustro, y en tan largo, pero para nosotros tan breve tiempo, conocí ampliamente el alma del poeta; jamás le vi entristecerse porque alguien de sus amigos se encumbrara como él se encumbró en un tiempo; jamás vi entenebrecerse su espíritu límpido con alguna baja pasión humana, ni vibrar un relámpago de cólera al verse desposeído por la suerte, de los bienes con que lo colmó un día!

Y, como divina flor de su espíritu fértil, de su alma virgen, de su corazón niño, de su cerebro siempre joven, brotaban los versos transparentes é inmaculados; brotaban los versos blancos y fragantes cual varas de nardos floridos; brotaban los versos que han perfumado toda una vida contemplativa y soñadora con aroma inviolado; brotaban los versos año tras año, como los brotes de primavera en primavera, en aquel árbol siempre joven, henchido de savia y de fuerza, en aquella planta desarraigada que, como la cáctea, persiste floreciendo y fructificando descuajada. Si acaso alguna vez, inconsciente, un quejido escapábase de su pecho hondamente herido, tan hondamente que no se sospechaba su mal, el poeta de *Barbara labor* traducía en rotundo verso libre su queja alta y sincera, su resentimiento infantilmente suave, dúctil y pródigo, puesto que simbolizaba

el dolor y la injusticia, victimaria de una juventud plena, en su apólogo arbóreo.

La poesía ha magnificado esa alma. El arte, por su soberano prodigio, ha ennoblecido el estrago de ese ser pensante y sensitivo; lo ha abroquelado contra el golpe de gracia que el destino implacable pone siempre en la frente de los vencidos. *En la noche*, en ese poema humano y fuerte, de verdad y de vida, la poesía unge al poeta que se irgue en la arena sobre la que cayó jadeante, y lubricado por el óleo sagrado, aligero y presto, vuelve á la lucha.

Su obra, pues, es laudable. Valenzuela es uno de los pocos poetas humanos que han florecido en nuestro cielo. Es uno de los pocos que escriben con un fin, hacer el bien, y, acaso, el único que nos da una fuerte lección de vida en cada poema. El arte por el arte es un lema que pugna con su prodigalidad genuina. Posee una lira, y la pone al servicio de la humanidad como puso su oro. Da los frutos de su cerebro, como dió los de su abundancia; y ya que no puede nutrir á los hambrientos, llueve el rocío del bien sobre los sedientos de ideal. Así la poesía ha fecundado ese gran corazón y esa alta inteligencia.

¿De su ropaje poético? Para el poeta de las esplendideces reales que saboreó y gozó, que regó á raudales, que palpó en la seda de las pieles y en la tersura de pétalo de las epidermis floridas, que irizó en la luz de sus ojos apacentados en los cambiantes de las piedras preciosas, que bebió en el corimbo de las flores de cristal de Murano; para el poeta que cenó en casa de Lúculo, el ropaje del verso es una fragilidad que vive un día? Posee la convicción de que los esplendores decorativos se desvanecen como el humo, así en un alcázar como en un poema? ¡Quién sabe! Pero el poeta que nos ha embelesado con la forma de sus

poemas: *El beso*, *Al cielo!*, *Balada de las manos*, prefiere, sin embargo, la forma antigua para verter en ella su vino fragante, cosechado en sus vides y exprimido en su lagar; prefiere henchir él mismo su viejo carquesio. . . .!

La hora de la vendimia ha llegado. El poeta ha escogido los racimos más ricos para abreviar ese hermoso libro que se llama «*Almas y Cármenes*.» El inquisidor artista Ruelas ha comprendido, el primero, cuestor implacable, la cismática exégesis de esa nueva Escritura de Verdad, y sus dibujos suntuosos esplenden en las páginas nítidas, como el espíritu angustiado de esas almas y la poesía paisajista de esos cármenes. La plastización de esos quiméricos fantasmas de la vida y la muerte, fulmina en las convulsiones del dolor humano, que crispa organismos y despedaza entrañas. En las exultaciones de ese lirismo enfermo y en las caídas tétricas á las horrendas simas del mal, que exornan esos cármenes floridos de sangre, cual si fuesen jardines de suplicios, surge sublimada por el dolor la musa de Valenzuela, la musa jamás violada, virgen y mártir, compañera fiel del vía-crucis del poeta, samaratina mitigadora de su sed ardiente, que se transfiguró con él en su Transfiguración y que ha sido crucificada con el poeta de *Inri*.

Valenzuela es la personificación del poeta. A semejanza del bohemio de Mimi Pinson, debería tener un heraldo encargado de informarlo diariamente de las Kalendaras, de la Meteorología y del Régimen gubernativo, cosas que, por otra parte, le tienen sin cuidado. De su antiguo emblema, pocas veces suele (ex-académicamente) poseer una de sus dispersas águilas acuñadas en oro; pero, en cuanto cae una en sus manos, es de ver con qué placer la echa á volar, con qué donaire hace brillar un segundo el sol de oro que jamás un

tiempo se puso en sus dominios; por esto acaso el poeta del *Florilegio* aguzó el dardo de su frase alusiva al poeta de *Almas*: «es un brillante que no brilla sino engarzado en oro!» Mas yo os digo que á la penumbra, en su rinconcito donde descansa de la antigua y turbulenta vida, irradia suave y grato fulgor.

En la vertiente del Ajusco, junto á un arroyuelo que huye en fuga como la vida, en una pequeña sabana estrellada de flores jaldes como los tapices de oro muerto del otoño del poeta, Valenzuela ha sosegado sus luchas y sus reveses, ha anidado en un pequeño torreón, desde donde ve pensativamente á lo lejos la gran ciudad tumultuosa. . . . En su nido agreste, en que la muerte ha llamado para llevarse dos seres queridos y en que la vida ha emplumado ya á los aguiluchos, ¡cómo es dulce al alma penetrar en el pequeño solar cuajado de crisántemos de oro en el otoño y de albérchigos de ámbar en el verano! ¡cómo es dulce al alma ver que «la primavera de las cumbres baja,» cual rimaba el poeta de *Las rocas del lago*, y descende hasta el techo patriarcal del trasmigrado patricio, y mancha de botoncitos de púrpura los rosales floridos y de botoncitos de nieve las «trepadoras del ensueño! ¡cómo es dulce al alma oír el gorjeo de las aves y de los niños que florecen al beso de la vida y se despiertan sin saber de tristezas calladas y de dichas muertas, y ver y palpar que para el peregrino cansado y errante en el viaje, se abre el portal de par en par como se abren los brazos.! Las brisas del Ajusco han refrescado la fiebre de ambición que caldeó una frente bien templada á fuego, y en la que nieva lentamente, lentamente, sin que la nieve de la cumbre llegue todavía al corazón. Acaso mañana se funda esa nieve ligera al beso vernal. . . . ¡quién sabe? Hay aún demasiada juventud en esa mirada y

plétora de savia en esos músculos de jaguar que duerme su sueño de hastío, indolente y letárgico, porque sabe que posee la agilidad y la fuerza, esperezando su elasticidad felina de rey de las selvas americanas, reflejando en su ojo jalde la verdiosa lluvia de oro del sol de las praderas, arrullado por la estridulación lejana de las cicadas latinas, mecido por quién sabe qué ensueños de fugas de gacelas. . . .

Y de pronto se levanta de un salto, sacude su fiebre fascinadora, y escribe esos poemas fuertes y bellos, en los que los tremendos asuntos de una violación, de una apostasía, de un sacrilegio, de un uxoricidio, tremendas catástrofes ó derrotas vergonzosas, tórnanse en lecciones de humanidad, en consoladores evangelios de amor y piedad, porque vienen de la Montaña. . . .

Y, para dar expansión al alma, una vez cumplido el sagrado deber, el viejo Anacreón escancia en el espíritu regocijado del poeta la alegría del mosto viejo que empurpura el henchido carquesio; enciende el cigarrillo heredado del indio sibarita, y por su imaginación diademada de yedras y arbolada del tirso lírico, pasa en tropel la fuga de centauros raptos de Dejanira y de Hipodamia; pasan Sylvana y Anfelo, capricornios y caniculares; pasan Amione y el Tritón que la rapta desnuda sobre su torso escamado, como en Dürer, y es entonces cuando el poeta vibra en Boccaccio y en Brantome, discurre al través de la dialéctica de Rabelais á Willy; y es prodigio y holgorio de camaradas embebecidos en la verbosidad epigramática

y sonriente, sutil y escurridiza como una nutria, charla regocijada y lírica que nos encadenó por un largo ó breve lustro —no sé cuál adjetivo es más triste,— en torno á la mesita del bar, ajenos al tremendo drama que lo había arrollado á él, ajenos á los vulgares dramas de bohemia que nos unieron y nos ligaron en fragante y odorante haz que el tiempo ha desatado, que el tiempo ha marchitado y aventado á la fosa ó al hastío, en cruel venganza oblicua de lo mucho que vivimos, de lo mucho que gozamos, de lo mucho que prodigamos nuestra savia y nuestra juventud, con perfecta conciencia de que no hacíamos el mal sino á nosotros mismos; irredimibles á tal punto, que si se nos volviera á donar otra juventud, volveríamos á derrocharla en loca sed de placeres, como el poeta de los *Cármenes*, si volviera á donarle la Fortuna sus bienes, tornaría á regarlos en lluvia de oro sobre la ciudad dormida de amor como una Dánae yacente!

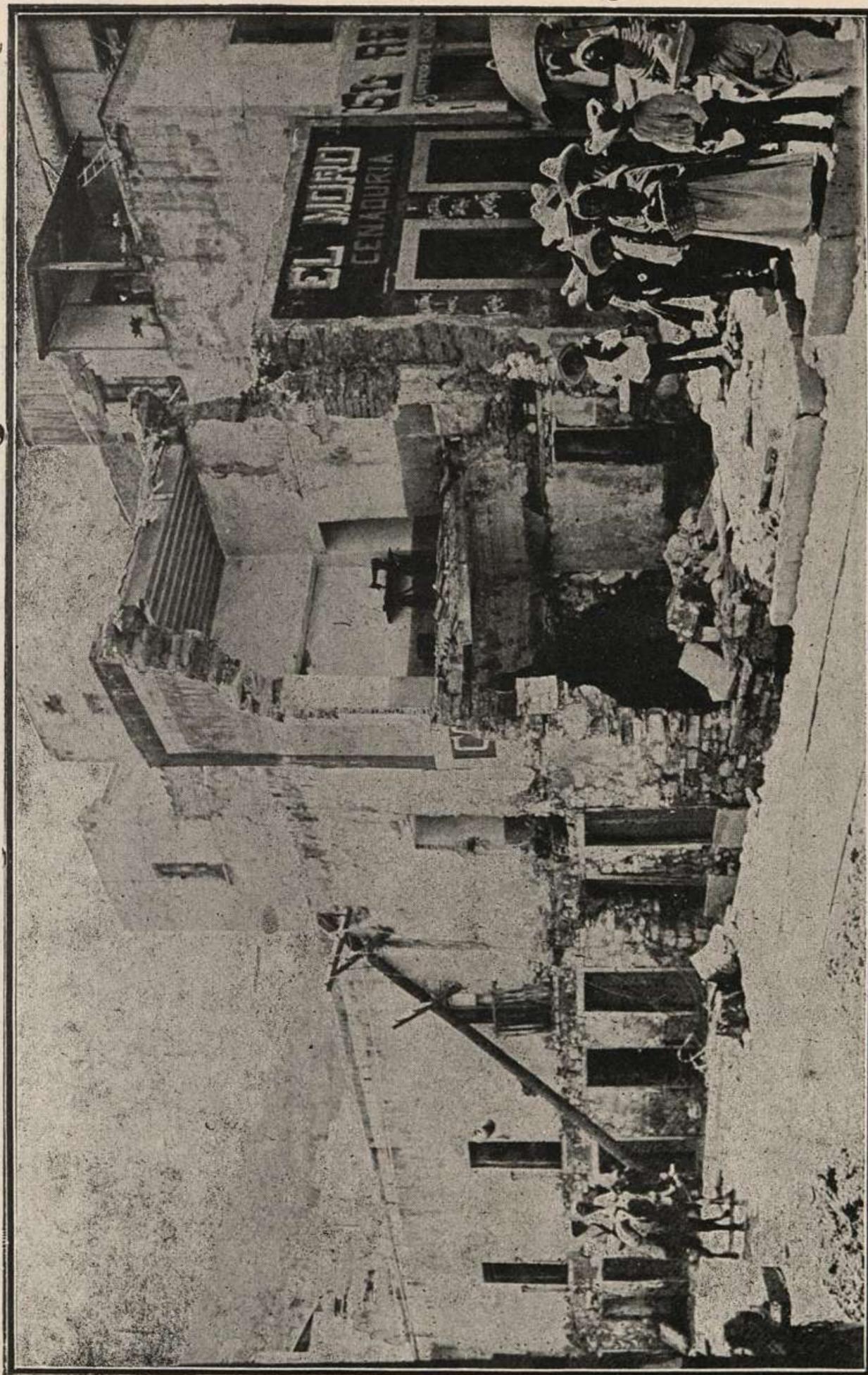
Tal es Valenzuela.

Su obra de hombre quedó deshecha, destrozada y pulverizada porque era obra de la Fortuna, la locuela enamorada un día del bello discóbolo hercúleo que jugaba al azar con discos de oro; pero su obra de poeta no morirá: vivirá al través del tiempo, porque fué un dón de Dios; no la destruirá ni la muerte, porque reflorece dondequiera que retoñe una flor, ó que se reproduzca un fruto, ó que sonría el bien en un corazón humano!

Marzo, 1905.

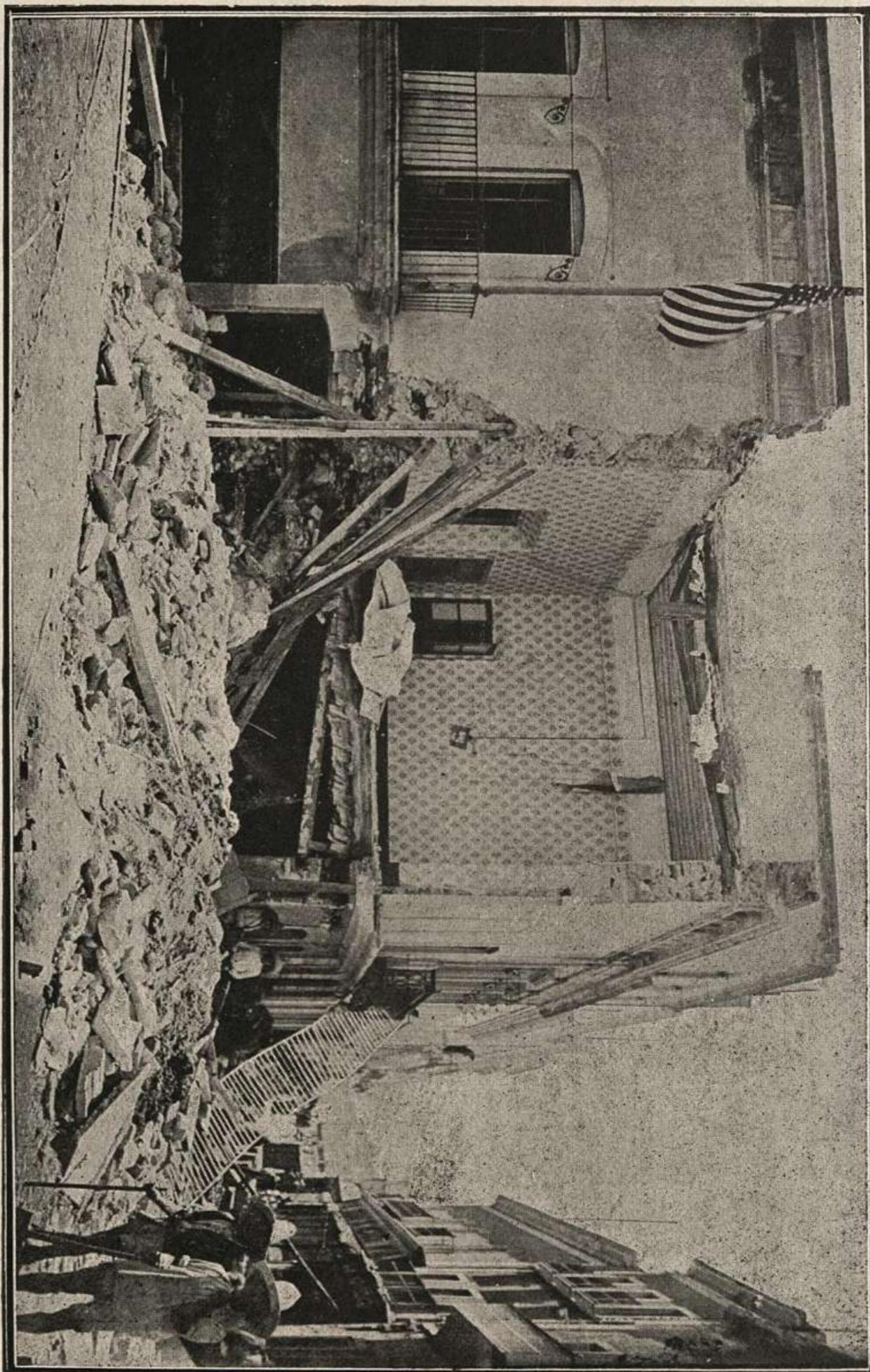
RUBÉN M. CAMPOS.

LA INUNDACIÓN DE GUANAJUATO.



Casas destruídas en la calle de San Pedro.

LA INUNDACIÓN DE GUANAJUATO.



Ruinas de la casa del Cónsul americano, Sr. Furnnes, en la calle de la Cruz Verde.

GRISETTE

 Mi adorada viene luciendo el tesoro
que orgullosa ostenta: su cabello de oro.
Lleva en sus inquietos ojos de Musmé
dos almendras húmedas color de café.
Qué pies tan pequeños el asfalto estruja!
qué manos tan blancas lastima la aguja!
arden más sus labios que el rojo clavel
que luce en el pecho por todo joyel.
En qué regias curvas yace la costura,
tocando, lasciva, su estrecha cintura!
Ve curiosamente rodar los carruajes
las crujientes sedas de los ricos trajes;
mira desdeñosa tras de las vitrinas
las constelaciones de las piedras finas,
y sin deslumbrarse por su cabrilleo,
se aleja el repique de su taconeo:
la aria de las joyas no turba ni inquieta
el aire que aspira mi blonda griseta.

 Como una gaviota perdida en el mar
cruza mi adorada por el bulevar:
la azotan las ráfagas de las noches frías;
la queman las fiebres de los medios días;
peina su adorable cabecita rubia
con los alfileres largos de la lluvia,

y las mañanitas friolentas, brumosas,
en su faz de nieve riegan suaves rosas. . . .
Que es el claro obscuro la torva pobreza
en donde se nutre de luz su belleza!—

Sus ingenuidades, su fresca alegría
que llenan mi alma de fe y energía;
la amable sonrisa que en su boca riela
mientras van sus manos bordando la tela;
y ante las tristezas de la vida, el grave
gesto, de sus sentimientos piadosos la clave,
roban las ternuras de mi corazón
que se sueña amado por Mimí Pinzón.
Es mi compañera, mi amante, mi amiga,
se duerme en sus brazos mi eterna fatiga. . . .

Pero yo la quiero, pero yo la adoro
por sus grandes ojos color de café,
por su bella y fúlgida cabellera de oro,
por la aristocracia rara de su pie.

Porque me da todos sus besos febriles,
todas las caricias que sueña mi amor:
la gloria suprema de sus veinte abriles
y el acre perfume de su sexo en flor!

RAFAEL LÓPEZ.

México, 1905.



EL NUEVO SUBSECRETARIO DE INSTRUCCION PUBLICA

Apuntes para un artículo sobre Ezequiel Chávez.

En mis notas de la pasada semana hablé del hombre eminente que ha sido llamado á dirigir la Instrucción Pública en México. Bien es que diga ahora algo de su colaborador más inmediato y directo, del nuevo funcionario que lleva desde el 1.º de Julio, el mismo título que el Sr. Sierra llevó durante tres años: me refiero al Lic. Ezequiel Chávez, nuevo Subsecretario de Instrucción Pública.

Muy joven llega éste á un puesto tan elevado y trascendente: será el más joven de los Subsecretarios del Estado, pero no os fiéis de las apariencias, amigos míos. Tras aquella cara sonrosada y risueña, siempre risueña, tras aquellos ojos negros, llenos de no sé qué ingenua ironía, tras aquel perenne gesto amable y cortés, hay un alma muy sutil y muy vieja, mucho muy vieja.

Cuando Ezequiel nació. . . . ya sabía muchas cosas, digan lo que quieran los adversarios de las ideas innatas. Yo no sé de dónde venía, pero estoy seguro que venía de muy lejos; su espíritu era ya pensativo, y su mano tenía la fuerza y característica ligereza un poco trémula, de esas manos largas y pálidas, hechas á hojear libros.

No quiero incurrir en la tonta vulgaridad de exclamar aquello que exclaman generalmente los amigos de juventud de un hombre que llega pronto á ciertas elevaciones políticas ó sociales:

—«¡Quién nos lo había de decir, cuando jugábamos en el patio de la escuela!»

A mí no me sorprenden las exaltaciones de mis compañeros, porque nada hay más resuelto y fecundo que los destinos humanos, y estoy hecho, á fuerza de cultivar esa curiosidad que me inspiran las almas, á no dejar que se me esconda ni un detalle de lo que constituye su misterio y su predestinación.

Y en el alma de Ezequiel había visto ya signos de esos que incitan á observar más atentamente y á hacer horóscopos más seguros.

Yo sabía bien que llegaría: era sabio, paciente y auscultaba serenamente la vida.

Entonces teníamos los dos mucha sed de cosas misteriosas. El enigma del mundo se nos imponía severamente; mas á mí ese enigma me torturaba y á él no: á él incitábalo á la tenaz investigación y al metódico estudio.

Pronto, aquel espíritu reflexivo y manso, que no revoloteaba jamás, sino que en

vuelo rectilíneo iba hacia los principios y las conclusiones, dejó al mío á la zaga. Pero el mío entonces supo aprovechar lo que el amigo que lo precedía dejaba á su paso.

«Iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.»

Di en preguntar la mitad de mis preguntas á los libros, y la otra mitad á Ezequiel. Ezequiel lo sabía todo: sabía qué canción cantaban las sirenas, quién fué el autor de las cartas de Junius, y con qué nombre vivía el guego legendario entre las mujeres. Y sabía «quién encendió el lucero de la mañana,» y «quién envolvió á la tierra en nubes como se envuelve á un niño en sus pañales.»

Yo he creído siempre que el día en que muera Ezequiel —Dios aleje ese día— no faltará un nimio erudito que pruebe que mi incomparable amigo ha leído más tiempo del que ha vivido.

*
* *

Antes, leía en la calle, mucho. Ahora, lee poco, pero lee. Los tranvías, que no saben leer, lo respetan. El rayo que anida en los alambres y que chispea con chispas violadas en el trolley, lo deja pasar. La vida callejera, locuaz y bulliciosa, se codea en vano con él. No le arranca una sola mirada.

Y toda esta ciencia, y todo este pensamiento, y todo este trajín intelectual, han acorazado á Ezequiel contra el mal y contra el dolor mismo.

Ese espíritu eminentemente filosófico, no ha tenido tiempo de asomarse al pecado. Esa mano hecha á acariciar los dorsos de los libros, no ha tenido ocasión de asir el cáliz de las concupiscencias.

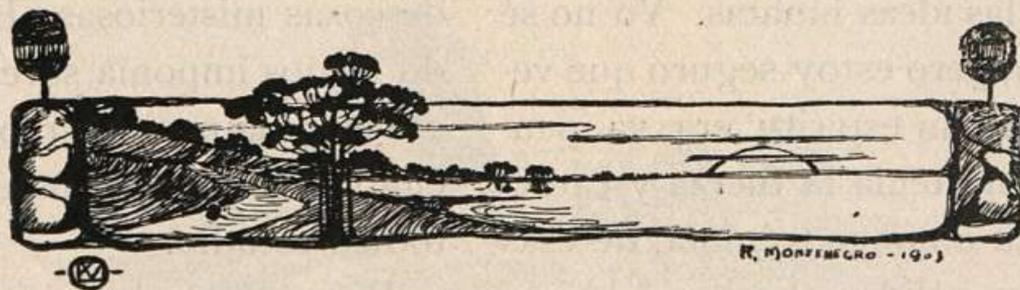
Ezequiel ha podido decir al mal lo que aquel atareado hombre de negocios á la muerte, que pugnaba por acercarse.

«Ahora no puedo recibir á usted; estoy muy ocupado.»

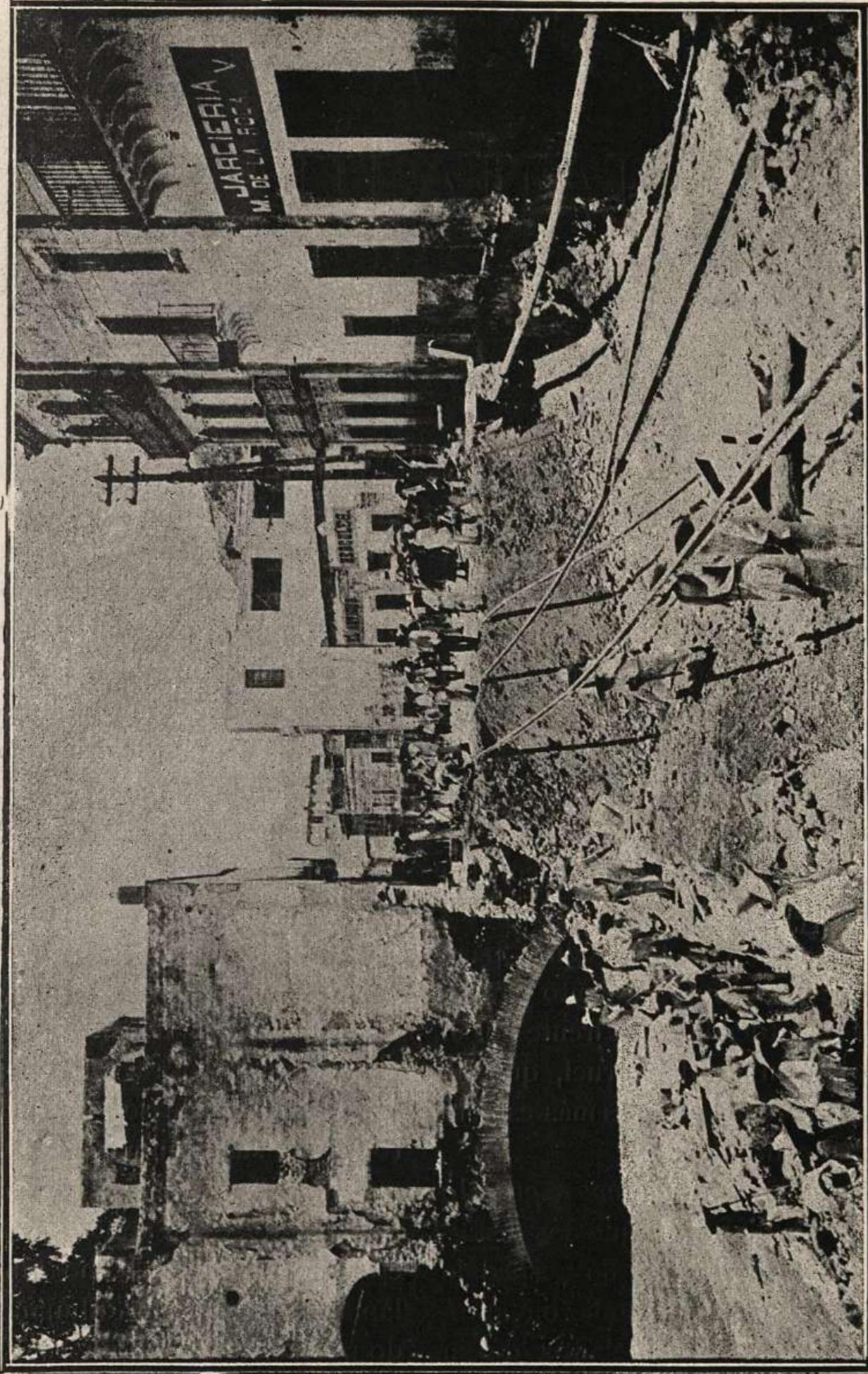
Y así, abstraído, pensativo, sonriente, ingenuo, limpio, va por la vida en plenitud de esfuerzo y de labor. Está enfermo, porque suele olvidársele que tiene cuerpo, y éste protesta discretamente. Pero Ezequiel ha encontrado la manera de no hacerle caso. El cuerpo, en vista de este desvío, se calla. . . . se calla de manera que en el silencio puede escucharse el prestigioso y tranquilo y suave cuchicheo del alma, que en el regazo de la vida repasa su lección, la divina lección del más tarde. . . .

¿He definido, por ventura, ese completo espíritu de Ezequiel? No, es indefinible. ¿He podido asirlo? No, es inasible. Se me escapa casi siempre: hace bien: ese es el privilegio de todas las alas.

AMADO NERVO.



LA INUNDACIÓN DE GUANAJUATO.



Bóveda del río y línea urbana destruídas en el barrio del Cañón Rojo.

GUANAJUATO

Parece que la tinta con que trazamos estas líneas se ennegrece más á la evocación de la horripilante hecatombe que ha despertado un eco de dolorosa resonancia en todo el país.

La ciudad de Guanajuato, que tantos títulos gloriosos tiene al amor y á la admiración de la República; la que todavía ayer, bajo el vasto soplo de civilización que nos alienta, vendimiaba con el Progreso en las ricas vides del trabajo fecundo, y con los sanos colores de la vida en las rozagantes mejillas, caminaba con tan seguro paso por la vía de su engrandecimiento y prosperidad, ha sido tocada en la frente por el golpe ciego de un destino cruel, que ha tronchado sin piedad las flores más esplendorosas de su guirnalda.

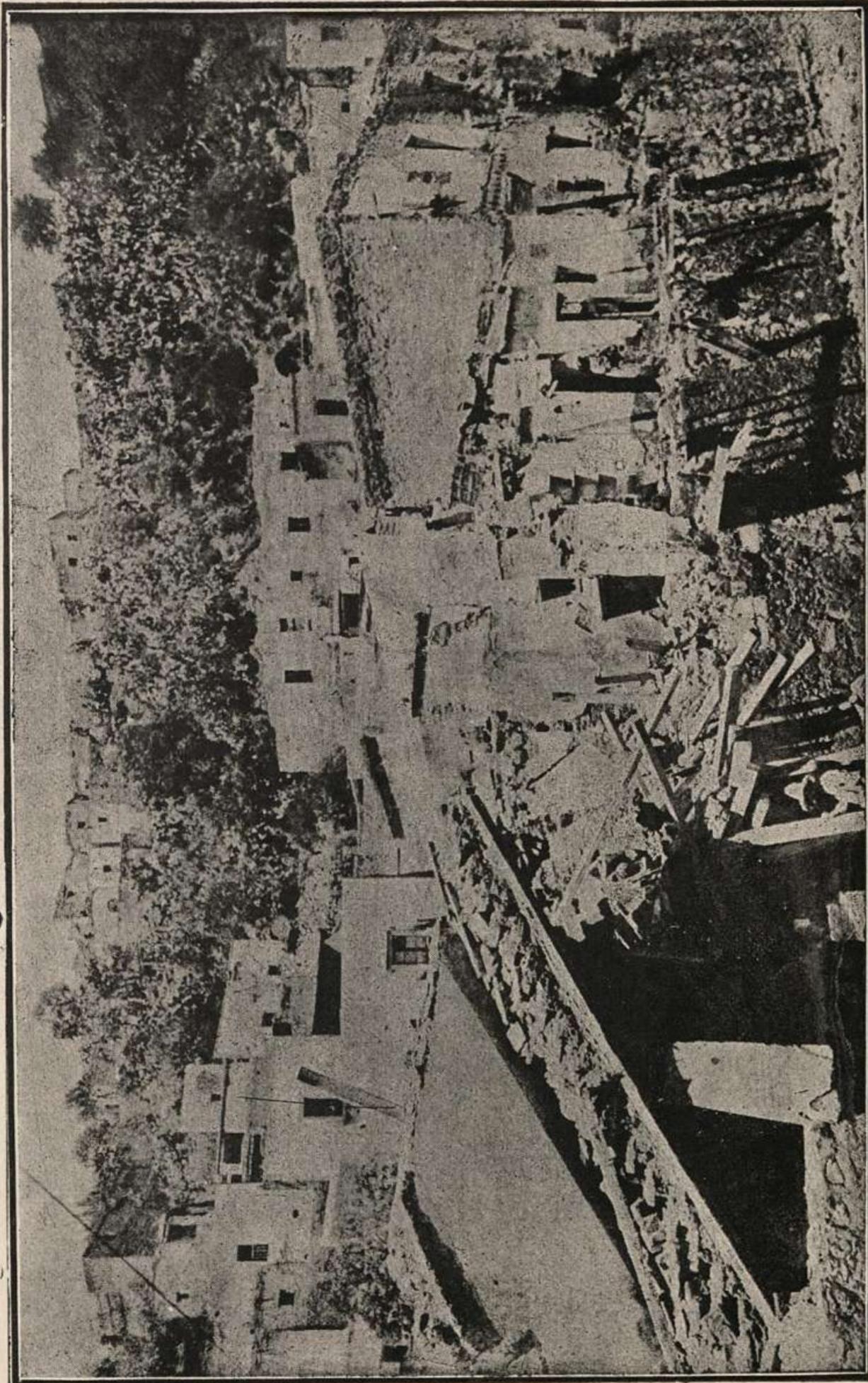
Pronto hará dos años apenas, cuando las fiestas Presidenciales, que los distinguidos visitantes á quienes dió hospedaje con regia magnificencia, pudieron apreciar el alto grado de su adelanto, de su riqueza y de su cultura. Enjoyada y risueña la recuerdan al pie de sus montañas aurinas, en medio de sus jardines suntuosos, vestida con la opulencia de una reina de Saba, ofreciéndoles gentilmente los ricos dones y los preciados frutos de su esfuerzo.

A época tan feliz se refieren los grabados que publicamos en otro lugar, y que no podemos menos de contemplar con honda emoción. Su vista nos sugiere la idea de que un presentimiento confuso de su próxima ruina, hizo á la Ciudad egregia superarse á sí misma, dorando su decadencia, como en los tiempos de sus bonanzas fabulosas, con la luz de un supremo esplendor.

La prensa informativa ha contado al detalle la imprevista cuanto espantosa catástrofe. La ola trágica y cenagosa, arrollando en un avance fatal todo lo que encontró al paso; llevando la muerte en su violencia aterradora, en la elasticidad asfixiante de su abrazo, en la melena alborotada de sus espumas coléricas, y arrastrando millones de pérdidas en su furioso galope de bestia apocalíptica: parece un episodio dantesco hecho tangible por el lápiz macabro de un dibujante, enloquecido por las Furias ó por las Venganzas.

Bálsamo lustral que restaña la sangre de tan sangrientas heridas, ha sido la simpatía de la República entera, que ha acudido espontáneamente á remediar la aflicta situación de los guanajuatenses, con un ardor tan grande, como es grande el infortunio. Corazones generosos han tra-

LA INUNDACIÓN DE GUANAJUATO.



Casas destruidas en el barrio del Hinojo, donde se encontró mayor número de cadáveres.

ducido su sentimiento en donativos verdaderamente regios, prendiendo así como un divino arco iris de caridad y amor en los negros cielos, entenebrecidos por la tormenta.

Difícilmente podrá levantarse la desgraciada Ciudad, después de tan tremenda caída; tantos años de laboriosidad destruidos bruscamente, no se improvisan de un golpe. De todas suertes, nosotros, que nos sentimos sujetos á su costra por raíces

filiales, queremos creer en una resurrección.

Los gnomos custodios de la riqueza oculta de sus minas, tal vez abran sus cofres maravillosos, para volverla inmune tras una muralla inviolable, tal como la han hecho vivir en la Historia, la grandeza de sus hombres y el alto valor de sus hazañas.

México, Julio de 1905.

RAFAEL LÓPEZ.



JULIAN CARRILLO,

SINFONISTA.

¿De qué poemas salvajes, de qué fuentes ignoradas, de qué poesía desconocida y errante ha arrancado este nuevo artista las melodías integrales de su creación polifónica y alta? Los cánones de la sinfonía clásica están fielmente seguidos, y el resultado es bello (pontifica Karl Reinecke); pero su sinfonía es romántica. Su temperamento es americano, es original, y es fuerte. Beethoven y Berlioz le han dado la pauta del procedi-



miento artístico: el primero, con la serenidad de su música divinizada; el segundo, con la pasión de su música humanizada: y nuestro artista, al hacer obra propia, se ha desligado de la melodiosidad suave y pujante del maestro de la «Pastoral,» y ha abdicado del impresionismo turbulento del autor de la «Sinfonía Fantástica;» y ha producido una obra extrañamente poética,

lindamente descriptiva y soñadora, como que brota de una extrema juventud!

El joven maestro ha penetrado fugazmente en nuestro espíritu alerta: á pesar de la dificultad auditiva de la polifonía fugada, comprendimos su música desde la primera audición. Y es que esa música es nuestra, es la purificación estética de nuestros cantos melancólicos. ¿No oís el romanesco efecto de las cromáticas en terceras bordando una

frase? ¿No escucháis la poesía romántica y sencillamente encantadora de sus frases imitadas en octavas ascendentes? ¿No sentís vibrar en vuestros nervios la sensación de que tal pasaje, por bello, ya lo habíais oído, aunque jamás lo hayáis oído en ninguna obra? Pues es que esa música la llevamos en el alma, es que Carrillo nutrió su espíritu con los cantos nuestros y los

ha sublimado en música. Y así como un pensativo solitario de los *ffjords* no comprendería la poesía de los cantos escandinavos en Grieg, aunque sintiéndola, así nosotros sentimos la poesía de nuestros cantos en esa eterización errante, inasible, pero embriagadora, de las melodías integrales del poema sinfonizado de Carrillo.

El motivo conductor de la «Primera Sinfonía» de Julián Carrillo es sobrio, claro, diáfano, dúctil, y su desarrollo, secundado por los temas expositores del poema, expande la emoción sincera que va creciendo, creciendo hasta desbordarse en intensidad, y hacerse triunfalmente bella, raudalosamente apasionada, recordatoria en su empuje, del grito humano del *leit-motif* del primer tiempo en la «Sinfonía Patética» de Tschaiowski. El *andante sostenuto* es amplio, llano, *spianato* anotaría el poeta de la «Krakowiak;» y su ternura serena y sentida viene a reposar el ánimo exultada con el vuelo heroico del primer tiempo. El *scherzo* es de una gracia infantil; su movimiento a la *tarantella* es ágil y gozoso: Carrillo supo encontrar efectos de arco acariciadores, y concluir con un pasaje original que se desea volver a oír. Ligerero y fogoso, de juvenil brio es el final en que, recordando el artista su procedimiento expositivo en plenitud púgil y su alegría lírica del tercer tiempo, corona el poema con brillantes golpes de conjunto, en triunfante elevación de orquestador vigoroso.

Pero en el transcurso de la obra, qué placidez de sentimiento! que río de ternu-

ra y de pasión! Es Carrillo un paisajista suave en los pasajes descriptivos, y se revela un artista objetivo en los pasajes declamados. ¿Cuál facultad vencerá y fijará su personalidad? ¡Quién sabe! Su extrema juventud de creador de arte escogerá, con su sagacidad de raza, la ruta que más victorias le prometa. Su primera victoria espoleará su numen, ya que lo ha indemnizado largamente de su ostracismo en su propia tierra.

Es un artista completo el que tenemos, puesto que ha abordado el género supremo en música, y al que sólo Saint-Saëns y Martucci, latinos, altamente ascendieran. El joven compositor, que sabe del esplendor asiático de Charpentier romántico en su *suite* sinfónica, nos prepara hermosas sorpresas, que en breve gozaremos. Para bien de nuestra raza, Carrillo se ha revelado, muy joven, compositor de altos vuelos, y ha surgido consagrado en el núcleo musical más fuerte del orbe: Leipzig.

Posee Julián Carrillo el dón más alto: el de creador. Posee la laboriosidad, triunfadora en la gran paciencia del arte. Y, como el más codiciado premio en la noche de fabuloso y lírico arrebató consagrador, premiador de sus fatigas y dolores de artista solitario, como un supremo tributo de justicia al esfuerzo estudios de toda una juventud puesta al servicio de lo noble y de lo bello, vióse que lo aclamaba triunfador un pueblo, y en el abrazo de un héroe de cabellos blancos lo estrechaba la Patria!

RUBÉN M. CAMPOS.



Nuestro amado compañero, Jesús Urueta, sufre en estos momentos un gran dolor, con la pérdida de su padre, acaecida en esta ciudad el 15 del presente.

EL SEÑOR DOCTOR DON EDUARDO URUETA,

fué un hombre de poderosa intelectualidad, un filántropo y el venerable jefe de una numerosa familia.

La "Revista Moderna," que hoy une su condolencia al dolor del compañero y de los deudos del finado, rendirá, en su próximo número, un respetuoso tributo á la memoria del Doctor Urueta, cuya vida ejemplar y digna exige los póstumos honores de una biografía.



TRES FICCIONES DISÍMBOLAS

OBSESION

Y Benjamín, el escultor, me dijo:
“Yo no vuelvo á tocar estos cinceles,
Porque una idea, un pensamiento fijo,
Persiguiéndome va con dudas crueles.”

“He visto á mi adorada en el instante
De abandonar el baño presurosa,
Luciendo la blancura deslumbrante
Del frágil cuerpo en desnudez gloriosa.”

“Y desde entonces ¡ay! en honda cuita
Se pregunta mi mente obsesionada
Si la carne es un mármol que palpita
Ó si el mármol es carne congelada.”

GOBELINO

Como símbolo fiel de la tristeza
Que llevo retratada en el semblante,
Hay una vieja fuente que incesante
Al pie de mi ventana llora y reza.

Tiene un caudal de insólita terneza
Su oración de novicia claudicante,
Y escucho en su lamento sollozante
El alma de un dolor todo flaqueza.

Por el pico de un cisne alabastrino,
Rimando al aire lacrimoso canto,
Lanza un chorro potente y cristalino.

Después, el agua, cae en su quebranto
Por las copas de mármol florentino,
Hasta el tasón que se desborda en llanto.



NANÁ

Bajo la lluvia loca de su cabello rubio,
Sus labios que han pecado se sonríen con gracia;
Y tras las finas redes de su pestaña lacia
Las luces ignicentes celebran un connubio.

Del placer es la reina. Su añeja aristocracia
Se revela en sus carnes y en el sensual efluvio
Que hay en la lluvia loca de su cabello rubio
Y entre sus rojos labios que sonríen con gracia.

Su belleza de diosa, con singular audacia
Seduce al cortesano príncipe boquirrubio;
Y mientras él la implora, Naná pueril, rehacia,
Suelta su risa fresca con adorable gracia
Bajo la lluvia loca de su cabello rubio.

LUIS CASTILLO.

OTRAS VIDAS

LA AVENTURA DE DON PASCUAL

En aquellos tiempos, que vieron mi nacimiento y mi infancia, con lo cual dicho está que no vieron gran cosa, el Occidente del país andaba muy revuelto, con especialidad el que hoy se llama Territorio de Tepic, disputado sin tregua por los federales y los «lozadeños,» y nido de inquietos caciques, que tenían á todo el mundo con el Jesús en la boca. A cada momento, una irrupción repentina de indios ponía el pánico en los corazones, y las gentes pacíficas, al grito de «ahí vienen,» con una agilidad ya habitual á fuerza de ejercitada, echaban mano de lo mejorcito que tenían: alhajas, sedas, recuerdos de familia, lo metían en los viejos baúles de alcanfor cubiertos de cuero, ornado éste con intrincados follajes, y claveteados de cobre, y lo enviaban á los consulados ó al curato. Pasado el susto, casi todo permanecía empacado por miedo á las subsecuentes sorpresas, y aquellos baúles viajaban, cuando menos, cuatro veces al mes. Las familias mismas solían refugiarse en los consulados, y recuerdo que el alemán, que era el preferido como asilo, y que estaba instalado en un caserón céntrico, solía albergar hasta veinte familias, que se la pasaban ahí lo mejor que podían. Mientras se averiguaba si la ciudad quedaba por Corona ó por Lozada, las familias bailaban, jugaban juegos de prendas, y tenían serenata los jueves y los domingos, sí, señor, porque no faltaba quien arreglase una música para amenizar los ocios de los refu-

giados, en el gran patio, convertido en parían, gracias á los vendedores ambulantes. ¡Oh! os aseguro que no se fastidiaba uno en los consulados. . . . Para los muchachos, aquella situación era ideal. En cuanto que una voz de alarma gritaba: «Ahí vienen» — grito al que hacía coro el estruendo de las puertas de las tiendas que se cerraban, el maestro los despacha á sus casas, y mientras se ponía en limpio si vencían los tirios ó los troyanos, no había escuela. Pero no paraba ahí todo: á la primera alarma, las fruterías del portal echaban á correr desesperadamente, llevándose en su precipitación la fruta que podían: el resto era para los escolapios atrevidos. Figúrense ustedes si aquel estado de cosas no sería la beatitud suprema para ellos. . . .

Espectáculos familiarísimos de tan venturosos tiempos de préstamos forzosos, eran los asaltos á las casas particulares, y aun los bombardeos de los zaguanes, cuando los habitantes se resistían á entregar sus caballos; y previendo esto, fortificaba todo bicho viviente sus portones, atrancándolos con cuanto palo había en el corral, y robusteciendo su resistencia con sacos de arroz, en que se embotaban las balas de los cañones.

No acababa con esto la táctica: el jefe de la casa, con sus mozos, al primer grito de alarma trepaba á lo que pomposamente llamaban «las alturas,» es decir, á la azotea, ó se congregaba con los principales vecinos en la torre de la parroquia, concertándose

con ellos para defender el centro de la ciudad.

¡Ah! los que no alcanzaron tiempos tales y viajan ahora en Pullman, y almuerzan en restaurants alumbrados por luz eléctrica, y sólo ven como en panorama las asperezas de las montañas que la máquina perfora y ladea, no pueden darse cuenta de lo que fueron aquellos tiempos

«en que Rocha ya andaba por el mundo
y ya no eran de chispa los fusiles. . . .»

Pero donde el romanticismo del bandidaje llegaba al colmo del encanto, era en el camino de Tepic á Guadalajara, digno de usurpar la fama de Sierra Morena, de los Balkanes, de Sicilia y de Córcega, con Mafia y todo. Había, y hay en este camino, un monte, denominado de los Cuartos, no sé por qué (acaso porque en él hacían cuartos á los viajeros), y sin excepción, en cada viaje, á eso de la medianía del monte, en medio del silencio interrumpido sólo por el ansioso rechinar de la diligencia, se oía este grito ya familiar á todo el mundo: «Alto y azorrillense. . . .» Inmediatamente los cocheros obedecían; el sota saltaba del pescante, abría las portezuelas del coche, y hacía á los bandidos un signo que indicaba que podían comenzar á desvalijar á los señores pasajeros. Estos, por su parte, resignados ya de antemano al despojo, se habían ido quitando los trajes hasta quedar en ropas menores, que era regularmente lo que se les dejaba; habían dado, para que las escondiese en las medias, sus alhajas al cura, si había alguno en el coche, lo cual era magna fortuna, y se azorrillaban humildemente, esperando con estoicismo el fin de la aventura para continuar el camino. Los bandidos, después de abrir los baúles de la zaga y tomar lo que creían conveniente, después de dejar en camisa á los viajeros, besaban la mano al cura, le pedían su bendición, y se internaban en el monte silbando tal ó cual cancioncilla de actualidad, entre otras aquella que decía:

—Isabel, ¿eres hombre?
—No, señor, soy mujer;
Pero tengo valor
De morir ó vencer. . . .

Generalmente, en lo que he contado paraba todo lo del asalto; pero á veces la cosa se complicaba, especialmente cuando los federales fusilaban á cinco ó seis bandidos lozadeños, y éstos eran en general objeto de rigurosas persecuciones. Entonces las represalias ejercidas llegaban á los más grandes horrores; las mujeres, en presencia de sus maridos atados á los árboles, eran violadas por aquella canalla; los hombres eran mutilados, martirizados, y morían oyendo los insultos más soeces. En una de estas temporadas de represalias, comienza mi sucedido, héroe del cual fué D. Pascual Buendía, persona especialísima á quien voy á presentar á mis lectores.

D. Pascual Buendía, comerciante de la cabecera del séptimo Cantón, era, sobre todo, una persona formal, de una seriedad proverbial en toda la comarca, donde lo mismo se decía: «Hasta que llovió en Sayula,» que «Hasta que se rió D. Pascual.»

Como á Jesucristo, según la tradición romana, «jamás se le vió reír,» aunque tampoco se le vió llorar. Era de palo, y de buen palo. En la ciudad había desempeñado cargos importantes: había sido Juez de lo Civil, y hasta Presidente del Ayuntamiento varias veces.

Se pintaba el bigote y usaba bastón de ébano con amatista, cosas que acrecían extraordinariamente su importancia. Tenía tienda de ropa, carretela, casa propia y otras cosas que lo hacían más serio y respetable aún. . . Bueno, pues este D. Pascual tuvo que hacer en aquellos días un viaje á Guadalajara, y comprendiendo lo aleatorio de su seguridad en el camino, especialmente en el Monte de los Cuartos, llevó consigo la menor cantidad de equipaje posible. En el Monte de los Cuartos aguardaba, en efecto, una cuadrilla de la peor laya que pueda verse, y que, por desgracia, acababa de ser muy duramente escarmentada por los

liberales, quienes colgaron á varios bandidos. La noche había cerrado por completo, una noche diáfana y tranquila, toda temblorosa de astros. De los árboles pendían aquí y ahí, los cadáveres de los ahorcados recientemente, proyectando sobre la tierra su sombra móvil y absurda, los odiosos ahorcados que, según voz de la gente del monte, «chiflan» con el viento!

El «azorrillense» vibró en aquella ocasión con más solemnidad que de costumbre. La diligencia se detuvo, y á la rojiza y crepitante luz de las teas, los bandidos empezaron á apoderarse, sin abrirlos siquiera, de todos los baúles de la zaga, y á cargar con ellos algunas mulas que traían, y que á medida que se les completaba la carga, eran internadas en el cerro. Cuando hubieron concluido esta faena, en medio del silencio angustioso y lleno de presentimientos de los viajeros (hombres todos), el capitán dijo á éstos gravemente: «Siganme,» y antes de que los malaventurados pensaran en hacer resistencia, fueron ligados de manos y empujados hacia el monte.

—¡A dónde nos llevan! se atrevió á preguntar con tímida voz un pobre chiquillo, que temblaba repegado á su padre.

—¿A dónde? ¡á tronarles! —respondió bruscamente el capitán, — para que no nos denunciem, y para que nos paguen las vidas de éstos (y señalaba á los ahorcados). El chiquillo se echó á llorar, granjeándose así un puntapie de uno de los bandidos, quien le dijo: «Sea hombrecito.» D. Pascual—hay que decirlo en su abono— no había desplegado los labios y marchaba altivo, adusto, y grave en apariencia, aunque en realidad tenía un terror de todos los diablos. . . . Por lo demás, los continuos azares de aquellos tiempos, el perpetuo codeo con la muerte, habían acostumbrado de tal modo á todo el mundo á las eventualidades trágicas, que era frecuente ver á dos pasajeros ayudándose con toda calma á bien morir, mientras marchaban hacia el paraje donde temían ser fusilados.

Llegados á un claro del monte, distante como un kilómetro del camino real, el ca-

pitán se instaló tranquilamente sobre un baúl, dispuesto á divertirse; ordenó que los pasajeros fueran sucesivamente atados á un tronco de árbol corpulento, que limitaba el claro, y fusilados uno á uno. Luego pidió aguardiente, que le alargaron en un bule, y bebió asaz. La escena era pintoresca en extremo, como hubiera dicho una Miss excursionista, de esas que se perecen por las aventuras, y que en vano las buscan ahora en este México, que va perdiendo su carácter romántico. Cuatro bandidos con hachones alumbraban el claro. Pegada al tronco del árbol estaba la primera víctima, á quien el capitán había ordenado ofreciesen un trago de «revientatripas» «pa darle ánimo;» en rededor, los otros infelices que esperaban su turno ligados y amordazados, y frente al árbol cinco pelados que examinaban sus fusiles antes de proceder á la ejecución.

El primer disparo sonó, prolongando sus ecos en la infinita calma de la noche, y el infeliz ejecutado se desplomó á medias, con un gemido, quedando detenido por las cuerdas que lo ligaban al tronco. A la descarga siguió un grito de horror, el del niño de marras, grito que le valió la muerte inmediata, pues el capitán ordenó:

—Ahora este mocoso, para que no haga escándalo.

.....

D. Pascual esperaba su turno, no por cierto con la altivez de un romano de los buenos tiempos; tenía miedo, un miedo atroz, que había ido creciendo con el espectáculo de aquella carnicería espantosa. . . . Sí, tenía miedo (¿no estaba acaso en su derecho?), y si á duras penas lo ocultaba, era porque no quería que los otros lo notasen, los otros que «morían como los hombres,» pero que, á pesar de esto, tenían miedo también. Mas cada nuevo testigo que desaparecía, se hubiera dicho que le dejaba su miedo, de tal suerte, que cuando desapareció el último, D. Pascual se quedó con el miedo de todos. . . .

Sólo una vieja esperanza lo alentaba, la del rescate, por el cual pensaba ofrecer una fuerte suma, llegado el momento supremo.

—Ahora le toca á usted, amigo, dijo el capitán, que ya estaba algo chispo; venga antes á que yo le dé un trago, «pa» que no diga que soy mala gente; á ver, que le quiten la mordaza.

Así lo hicieron, y D. Pascual se acercó más muerto que vivo al jefe, que le alargaba el bule.

—¡D. Pascual! exclamó éste al verle de cerca, con movimiento de sorpresa; pero si es D. Pascual Buendía, el de Tepic, el hijo de D. Alejo, de mi protector

—¡A ver, desamárrenlo luego! añadió dirigiéndose á su gente, ¡es D. Pascual, el hijo de mi protector!

D. Pascual sintió que el alma le volvía al almario, y hasta ganas le dieron de besar al capitán. Afortunadamente, en aquel momento crítico se acordó de que había sido Juez de Paz, Presidente del Ayuntamiento, etc., y de que su serenidad era proverbial en Tepic, y se contuvo. Pero no cabía en toda su pomposa personalidad de placer; porque de seguro, aquello quería decir que no lo mataban!

—Sí, señor, siguió diciendo el bandido. Su padre de usted me sacó una vez de la cárcel, me salvó la vida, porque iban á fusilarme, y me dió dinero. Le debo muchos servicios y valeduras, y yo seré lo que usted quiera, pero á agradecido ni Dios me gana, y por eso no lo mato á usted. Venga á beber otro trago, ándele.

D. Pascual, que ya había recobrado la noción de su respetabilidad, apartó el bule diciendo con cierto melindre:—No bebo aguardiente. Yo sólo tomo vino de mesa....

—¡Con mil de!... rugió entonces el capitán echando al aire un expresivo terno, no se le vaya á ampollar la boca, hi... de (aquí otro terno). ¡Conque me hace menos!

—Es que me irrita el aguardiente....

—Pues más le irritarán las balas.... (aquí otro terno). A ver tú, Melquiades, que amarran á este delicado en el árbol y que le truenen.

D. Pascual, olvidando su dignidad, se echó á los pies del bandido suplicando:

—¡No me mate, beberé lo que usted quiera!

—Es claro que beberá (...), y no sólo beberá, sino que bailará (...), aulló el capitán, que ya estaba ebrio. A ver, vaya pensando qué me baila, y pronto, que tengo prisa.

—D. Pascual sintió que se sublevaba en él todo el orgullo de su «posición social;» pero ya no se atrevió á resistir. En los ojos del bandido había algo tan amenazador, que hubiera sido una temeridad contrariarlo.

—¿Qué quiere usted que baile? suspiró D. Pascual.

—«¡El Palomo!» gritó el capitán.

Y D. Pascual se puso á silbar y á bailar «El Palomo» ...

Aseguro á ustedes que el espectáculo no tenía par por absurdo.

D. Pascual, en medio de aquella banda de forajidos, en ropas menores (con calcetines blancos), rodeado de los cadáveres de sus compañeros, y á la luz de las fogatas rojizas, bailaba con la gracia y el primor de un oso de feria....

El capitán se divertía de lo lindo, y sus carcajadas, dignas de un dios de la Iliada, resonaban en el bosque dormido.

Terminado el baile, se imponía el canto.

—A ver, D. Pascual, gritó el capitán, una cancioncita ...

D. Pascual, lleno de vergüenza, se enjugaba en un rincón el rostro con el dorso de la mano, único pañuelo que le habían dejado los salteadores ...

—Pero si no tengo voz.... si no sé cantar ...

—«Masque».... replicó el capitán brevemente.

D. Pascual comprendió que tampoco en esta vez era oportuno hacer objeciones y se limitó á preguntar con voz dolorida:

—¿Qué quiere usted que cante?

«Las Amapolas.»

Y D. Pascual, con las inflexiones armoniosas que puede tener un tambor, y la afinación de una corneta de barro, cantó en un desolado falsete que lo hacía deliciosamente cómico:

Amapolitas moradas
de los llanos de Tepic,
si no están enamoradas,
enamórense de mí. . . .

Una salva de aplausos premió este nuevo y «gracioso» esfuerzo, después de lo cual, el capitán quiso que D. Pascual «echara marmomas,» y en seguida que hiciese el apache, y luego que bailase aún, y tornase y retornase á bailar, hasta que cansado de la diversión, y «pa que todos vieran que era agradecido con el hijo de su bienhechor,» ordenó que trepasen á D. Pascual á un caballo, y así, en ropas menores y con los ojos vendados, lo llevasen al camino real, á unas dos leguas de aquel sitio, y lo dejasen libre.

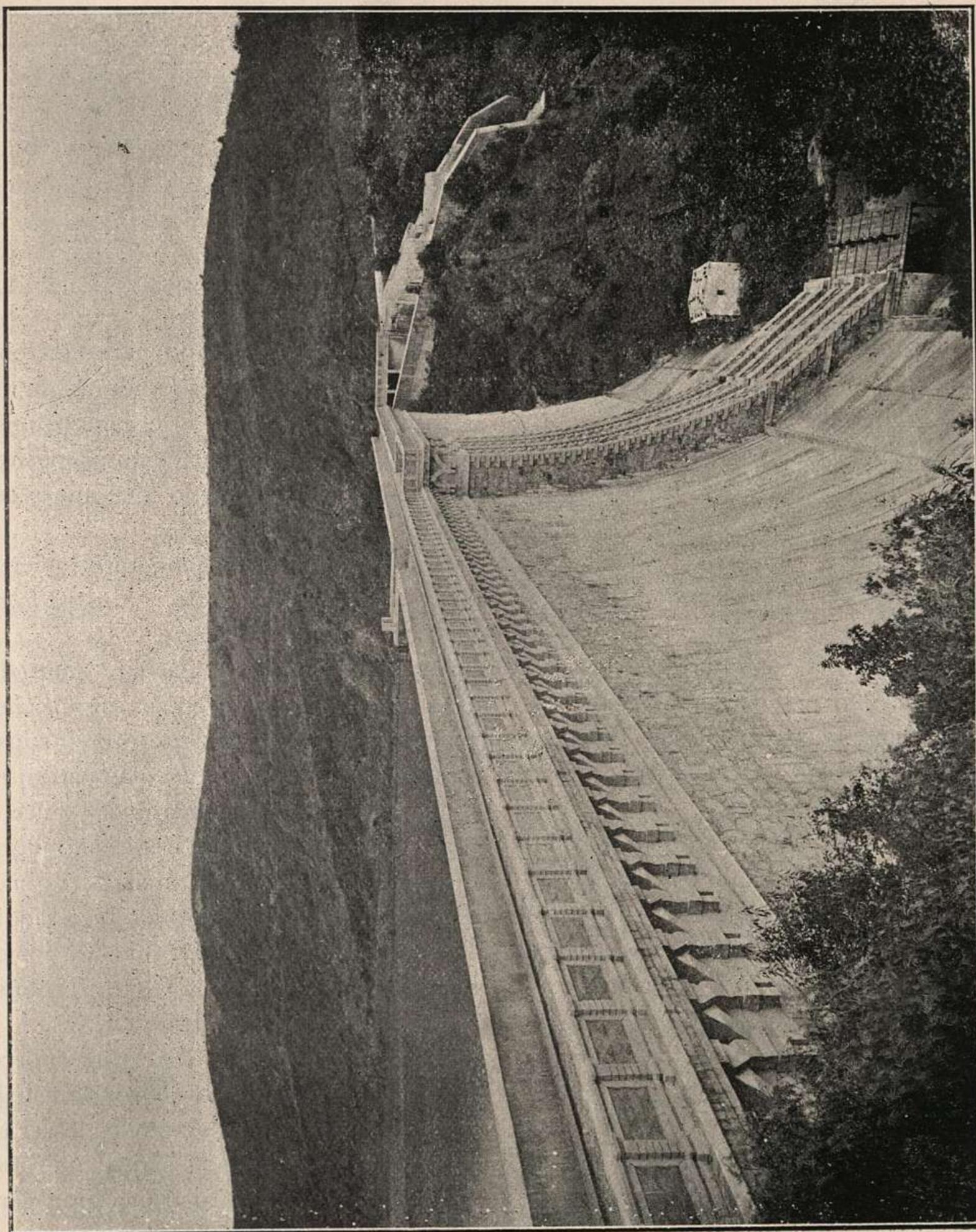
Así se hizo, y la víctima fué abandonada al pie de un mezquite, donde más tarde lo encontraron unos arrieros.

Una leve claridad empezaba á teñir el cielo de nácar; á cierta distancia se perfilaba la masa sombría del monte, como una pesadilla lejana, y D. Pascual, restregándose los ojos, miraba el paisaje y se palpaba los miembros, temblorosos con el frío de la mañana, como el que vuelve de la locura, y sintiendo vagamente que algo muy importante de su personalidad había muerto aquella noche, con sus compañeros, al pie del árbol-patíbulo: su prestigio y su respetabilidad.

¿Cómo se supo la escena en la ciudad? Dios lo sabe. El caso es que desde entonces, D. Pascual cargó y ha de cargar aún, si es que no se lo ha comido la tierra, con un sobrenombre ó alias que le ha escocido siempre: «San Pascual Bailón» . . .

AMADO NERVO.





Presa de la Esperanza. Guanajuato

UNA CARTA

México, 11 de Junio de 1905.

SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca.

Mi querido amigo:

Acaso me crea usted olvidadizo y desatento, porque he dejado pasar meses sin responder á alguna de sus cartas, y días, y aun semanas, sin darle las gracias por su último libro, y por las cariñosas frases que me dedica escribiendo á Amado Nervo.

La verdad es, que mi pobre espíritu yace aprisionado en sombras, aherrojado por los inrrompibles grilletes de preocupaciones del orden económico, y del orden afectivo, y evito comunicar mis penas, precisamente á quienes debo algo más que las zalemas y fórmulas con que la *educación* encubre la indiferencia.

Tengo el pudor de mi *spleen*, de mi morriña inmensa, de mi tedio inacabable. . . .

Leí su obra, no de un tirón, sino con recogimiento; rumiando cada capítulo, cada página, cada línea; y asaltóme con insistencia el deseo de glosarla, de parafrasearla, de *hacer un libro*, de fijar en él mi pensamiento, la flor de mis meditaciones. . . . El desasosiego, la intranquilidad,

la falta absoluta de tiempo para escribir, para volcar en letras los hondones de mi espíritu, para zahondar en el espíritu mismo, obliganme á desistir de mi propósito. He soñado *otro libro más*, que nunca escribiré.

Pero ya que no hago un libro, quiero, al correr de la pluma, decir á usted *algo* de lo que el suyo me sugiere.

Antes de entrar en materia, antes de alabar las virtudes de su criatura, échemosla un piropo merecido: es muy guapa. La forma resulta atractiva, simpática; el lenguaje limpio, claro, enérgico y dulce á la vez, opulento, y de un casticismo jugoso y sin anquilosis. Hay muchas páginas bellísimas, y algunas de admirable grandilocuencia, como aquellas dictadas por el recuerdo de la catedral de León. El robusto pensamiento va bien trajeado.

Hace bastantes años, desde que empecé á conocer los artículos, los libros de usted, me sentí atraído por su modo de ver el mundo. A través de sus escritos, me parecía leer con más claridad una gran parte de mi pensamiento. Hoy, la comunión es más íntima, quizás porque me sea más difícil distinguir en mi espíritu lo que hay de coincidencia, y lo que hay de sugestión.

Pero las almas son poliédricas, si así puede decirse, y sólo algunas facetas de la mía se ajustan á otras de la de usted. El

optimismo, la fe, la esperanza, que dan luz y fuerza á sus ideas, luchan en mí con el pesimismo, con la duda nihilista (no la fecunda alimentadora de la vida), con el desencanto. Usted se siente con bríos para escalar el ideal; yo estoy cansado, casi vencido, antes de lanzarme al asalto de mis anhelos. Usted, animado por un vigor sereno, por una alegría sana, está *seguro* de la conquista final; yo, con el alma á veces lúgubre hasta aullar, al acercarme temeroso al borde de los espacios infinitos, siento el vértigo de la nada. . . . Gracias á que otras veces me galvaniza el interno grito de *¡aurrerá!* y entonces chisporrotea mi fe en un ideal que habrá de realizarse en el infinito. Usted cree en la Humanidad y en sí mismo; yo creo casi siempre en la Humanidad, pero ya no creo en mí. De ahí ese grito que se le escapa á usted constantemente —¡plenitud de plenitudes, y todo plenitud!—y esa ansia de pervivencia, contrastando con mi sordo gemido de «vanidad de vanidades, y todo vanidad,» y mi *aspiración* á no tener biografía. . . .

Hay en mí, sin duda, desproporción enorme entre el ideal y el poder de realización:

«¡Para tan largo amor, tan corta vida!»

—dice el *fúnebre* Quevedo,— á quien me parece que trata usted con falta de caridad, en quien yo quiero ver mucho más que meras gracias de corteza, de pellejo de corteza, es decir, de vocablo.

El convencimiento de esa desproporción desalienta, agobia, engendra el pesimismo, del cual puede ser eflorescencia la risa áspera en cuyo restallido de látigo vibra un sollozo.

Soy como un paralítico: incapaz de moverme, *veo* el movimiento, *creo* en el movimiento. Me niego á mí mismo, pero tengo fe en los demás. Y así, anulándome,

haciendo abstracción de mi *yo* individual, confundiéndome con el *yo* colectivo, es como llego á parecerme á ustedes los pensadores que me atraen, así es como llego á confundir muchas veces mi pensamiento con el suyo.

Pero entiéndase que tal confusión no implica identidad permanente, imposible identidad entre dos pensares, pues ni el pensamiento propio es idéntico consigo mismo.

Volviendo á su libro: en él todo es jugo, todo es substancia. De frente ó de soslayo aborda usted lo más hondo, lo más alto: Dios, la Moral, la Justicia. . . . ¿Y cómo no han de asaltarme vehementes deseos de escribir un libro, de escribir largo y tendido sobre temas que son mi preocupación constante, y que es imposible *condensar*, fijar en postulados, aunque acaso la esencia de todos ellos pueda reducirse á una sola palabra: Amor?

«Dios —dice usted,— es el ideal de la Humanidad, el hombre proyectado al infinito, y eternizado en él.» ¡Palabras preñadísimas de ideas!

Si en vez de afirmar enfática y vanidosamente, que «Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza,» dijésemos, que «el hombre *hace* á Dios á su imagen y semejanza,» la proposición, además de otras ventajas, tendría la de ser más modestita.

Cada pueblo hace sus dioses adornándolos con sus propias virtudes, entreveradas de sus propios vicios. A medida que el hombre ha ido civilizándose, mejorando, perfeccionándose, ha mejorado, ha perfeccionado sus dioses. En los pueblos primitivos, adóranse ídolos que representan espíritus buenos y espíritus malos. Las deidades de los negros, son negras; las de los chinos, amarillas y con los ojos oblicuos; Zeus se parecía á Alcibiades, y Jove á Augusto. Con el tiempo, al hacerse más claras las ideas del Bien y del Mal, del

Amor y del Odio, ya no se adora á la representación del mal absoluto; entonces ese Dios se convierte en el demonio; pero todavía el Dios bueno, Dios, tiene *resabios* de maldad, pues aunque al Creador del hombre imperfecto, se le atribuya la suprema misericordia, si la criatura se desliza con ofensas, que por ser suyas tienen que ser pequeñas, limitadas, propias de su flaqueza, casi involuntarias, sin voluntad *consciente* (porque lo del *libre arbitrio*, planteado en seco, es el bromazo más estúpido que conozco), á pesar de esa suprema misericordia, ceñudo y vengativo le condena á castigo eterno, á un penar sin fin. ¿Y es tal todavía el concepto de la Justicia? ¡Oh, duros de corazón, oh, ciegos, los que no ven que *la última y definitiva justicia es el perdón!*

Por lo mismo que el hombre es imperfecto, es perfectible, y perfectible, también, su Dios, que *es él mismo proyectado en el infinito y eternizado en él*. La suprema religiosidad está en el culto á ese Dios *que deseamos perfecto*, en una aspiración al bien, al bien *mejor*, al sumo bien.

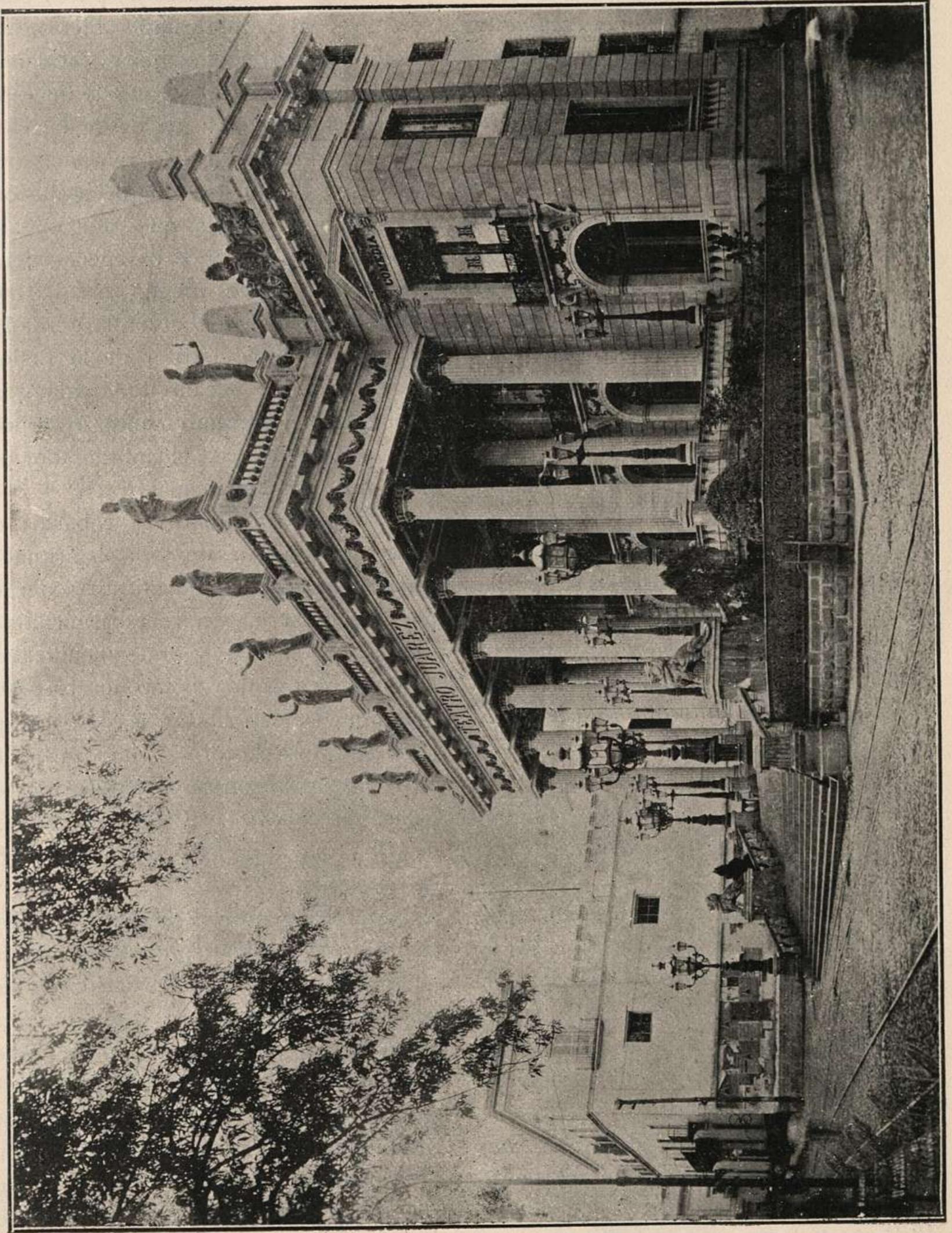
Claro es que al decir que el hombre *hace* á Dios, quiero decir que le *concibe* en el sentido espiritual de la palabra. . . .

Las *pruebas* metafísicas, físicas y morales de la existencia de Dios, y de la existencia é inmortalidad del alma, no me *convencen*; pero menos me convencen las *pruebas* de la no existencia de ese Dios y de esa alma. Todo eso no se *prueba*: se siente ó no se siente. Conceptos inasequibles á la experiencia no se vierten, no se moldean en términos de significación definida y tangible. Rechazo la estrecha fe dogmática; pero siento una fe ilimitada, como ilimitada es la aspiración al bien. . . .

Así como al quitar el rabadán la tranca que cierra el aprisco, las ovejas, ansiosas de correr al prado, se aglomeran, se apretujan, y anhelando salir todas á una, tar-

dan más en conseguirlo, y hácenlo en desorden,—así mis ideas se amontonan, pugnan por salir primero unas que otras, y escapan sin método, sin orden, sin ilación.— ¡Quisiera hablar ahora con usted de tantas cosas! Pero tengo que limitarme á apuntar pensamientos aislados, girones de pensamientos, sin conexión aparente, contradictorios quizás. . . .

Creemos vivir rodeados de lo sobrenatural, porque llamamos sobrenatural á todo lo actualmente desconocido, ó fuera de nuestro dominio material ó inmediato; pero al ampliarse el campo del conocimiento, á medida que la ciencia alumbra las lobreguezes del misterio, lo sobrenatural va pareciéndonos naturalísimo: ya nadie tiene «los demonios en el cuerpo,» gracias al estudio que se ha hecho de las enfermedades nerviosas; los lazaretos y los cordones sanitarios evitan que la peste sea un «castigo del cielo;» cualquier palurdo bombardeando las nubes con un morterillo hace llover antes que todo el clero alto y bajo con solemnes y plañideras rogativas. . . . ¿Quién sabe si como hoy se enciende ó se extingue un foco de luz eléctrica, pronto encendamos y apaguemos á voluntad las entrañas de los volcanes?— Pero lancemos el espíritu por el cañón de un telescopio, atravesando la atmósfera, á los espacios infinitos donde el formidable torrente de los siglos se pierde silencioso, y, anonadado ó engrandecido el espíritu, se limitará á contemplar con asombro la portentosa armonía de millones de mundos, convencido de su impotencia para desviar en una línea la órbita del mejor astro. Así el *yo*, la conciencia humana, se mueve bajo la cúpula inmensa de su *atmósfera*, dentro de la cual tiene muchos misterios que aclarar, muchas fuerzas que domeñar y someter á su soberanía; pero lanzado el espíritu á los espacios infinitos del *más allá*, convécese de su impotencia....



Teatro "Juárez." Guanajuato

¡El más allá! ¡la inmortalidad! Sólo por el amor podemos asomarnos á contemplar la portentosa armonía de otros mundos del alma. *Todos los conceptos de vida, todos los conceptos eternos manan del amor.* ¡Qué filosófico pensamiento encierra, en la mitología india, la representación de Schiwa, ostentando como atributos el collar de calaveras, símbolo de la muerte, y el vigoroso Lingam, órgano y emblema de la generación! El amor es más fuerte que la muerte: cuando ésta cree vencer, aquél entona un cántico de vida, de pervivencia, de inmortalidad. . . . Los cuerpos fecundan los cuerpos; las almas fecundan las almas. Amar, amar con amor pleno, amar con el alma y con el cuerpo, es hacerse inmortales.

¿Que mis conceptos de Dios, de la religión, de la otra vida, son fantaseos envueltos en nebulosidades? ¿Que toda esta manera de discurrir adolece de vaguedad, de imprecisión? ¿Que *hacen falta* soluciones concretas? «*¡Oh, Sanchos prácticos, Sanchos positivos, Sanchos materiales!*» ¿*Cuándo oiréis la silenciosa música de las esferas espirituales?*

¡Oh, la gavilla de seres rutinarios, la taifa de *hombres normales*, la pululante lechigada de misoneistas, la cáfila de cretinos razonables, la trulla de *filisteos*, el hatajo de prójimos adornados con todas las virtudes de la medianía, opilados de sensatez, pero ayunos de los banquetes de la imaginación y del sentimiento! . . . Entre ellos vivo, entre ellos sufro, y tengo miedo, mucho miedo, ¡un miedo horrible de que me vuelvan cuerdo!

¡Las soluciones concretas! Los *sistemas* definidos, completitos, con límites tangibles, al alcance de la mano; jardincillos simétricos, de calles rectas, bordeadas por antipático boj, sin más horizonte que la tosca sebe de entretejidas estacas, falsos verjeles en que ni siquiera se disfraza el

disfráz puesto á la naturaleza; mundos artificiales, mezquinos, en los que desde la puerta de entrada se ve hasta dónde se puede llegar, y de dónde no puede pasarse. . . . A mí dadme campo abierto, espacio sin límites; dejadme que al escalar una cumbre se desgarré la carne de mi espíritu en los breñales, que desde las cimas contemple asombrosos panoramas, que descanse en los valles, que beba ilusiones en escondidas fuentes, que bañe mi alma en el caudaloso cauce del pensamiento, que sin más norte que el ansia del Bien, ni más brújula que el culto á la Verdad, ni más estímulo que el calor de la Belleza, me interne en el Océano de la vida, gozoso si antes del supremo naufragio sorprendo en alas de la brisa el embriagador perfume del Amor Universal.

Sí, hay que combatir la cobardía del pensamiento, la haraganería espiritual de quienes descansan en institutos externos, de quienes se erigen en tabernáculos de dogmas inatacables, y pretendiendo tener tanta letra menuda como un breviario, —aunque sus letras sean más gordas que las de un libro de coro,— embózanse hasta los ojos del espíritu en sutilezas teológicas, parecidas á las calzas del escudero de Alba, que al ponérselas, sólo Dios y él las entendían.

Para tales gentes, el discurrir por cuenta propia, tiene más espinas que un zarzal, y aferrados á tradicionales ficciones y embelecocos, quieren hacernos creer que están en los ápices de lo temporal y de lo eterno; que para ellos, los problemas de la vida y de la muerte son habas contadas; que en la conquista de la verdad, no por mucho madrugar amanece más aína, pues que al fin y al cabo tijeretas han de ser, viendo, como aseguran tener visto, más trasparente que caldo de sopista, el destino final del hombre.

¡Mentira! ¡mentira mil veces! Nada sa-

ben, nada sabemos, nada sabremos. Por eso podemos esperararlo todo.

La duda, labrando nuestras entrañas espirituales, hácelas fecundas: como la generosa lanza de Aquiles, hiere y sana.

Me causan tristeza indecible esas almas tranquilas, sosegadas, silenciosas como un dormido lago, y en las que, como en el lago dormido, si la superficie atrae con diáfana transparencia, en el fondo se depositan todos los detritus, se amasan todas las impurezas, cubriéndose cada manto de cieno con una capa de fango; y me atraen esas almas inquietas, bravías, que se salen del cauce, que derriban los diques, espíritus semejantes á las aguas de un torrente que, atormentadas al caer, se rompen contra las rocas, desgárranse en los picos, rebotan en los peñascales, pero limpias, puras, cristalinas, saltan, suben, ascienden formando nítidas espumas, acariciadas por el beso caliente de los rayos del sol, almas que al chocar con los ásperos picos de la realidad, al rebotar, al desgarrarse, purifican, y cayendo desde las mayores alturas hasta insondables abismos, elévanse en blanquísima nube que refresca el ambiente, y parece servir de pedestal de encajes y perlas al Amor, al Amor alma del mundo.

Me causan tristeza indecible esas almas tranquilas, sosegadas, silenciosas como un desierto, y como un desierto áridas é infecundas; y me atraen las almas agitadas por dudas y anhelos, almas feraces, bosques frondosísimos en que sopla con violencia el huracán de las pasiones, desgajando ramas, haciendo caer frutos antes de

sazón, arrebatando en revuelto vertiginoso torbellino, hojas secas y tiernos brotes, pero fortificando el bosque mismo con vigorosa gimnasia, y arrancándole, al hacerle gemir y bramar, entre sollozos y rugidos, un himno de grandiosa armonía, un clamor de esperanza que sonoro retumba, cual plegaria gigante, en los cóncavos cielos. . . .

La vida es movimiento, es lucha, se alimenta de la muerte. Para que el pensamiento viva, hay que enterrar el pensamiento.

Si Alcides sepultando á Pirene

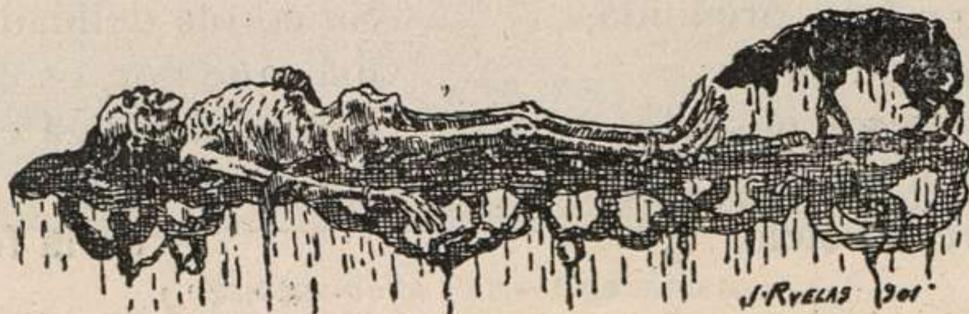
«un mauseol alçali de serres sobre serres,
que mal arrestellades fan gemegar lo món,»

la conciencia humana, tras romper con ciclopeo arranque las cadenas de preocupaciones seculares, ahora, para sepultar creencias muertas, erigirá portentoso mausoleo desalmenando picos, descabezando cerros, descrestando montes, aglomerando sin orden aparente sierras sobre sierras, sistemas filosóficos, verdades científicas, cuya enorme pesadumbre hará gemir al orbe resquebrajado y convulso, hasta que conquiste el equilibrio perdurable, el equilibrio en el Amor.

¡Y yo quería hablar de la Moral, y de la Justicia; y quería hablar del libro de usted! Quédese lo dicho como sumario del prólogo del libro en que he soñado por un momento y que nunca escribiré.

Sabe usted cuán de veras le quiere su amigo.

GONZALO DE MURGA.



DOLORA

A MI PADRE MUERTO

(Inéditos para «La Revista Moderna»)

Nunca vi que el jardinero,
tras de regar los hinojos,
pusiera una vez sus ojos
sobre la flor que prefiero:
la florecilla risueña,
la florecilla morada,
 por pequeña
 desdeñada....

¡Oh mi amado jardinero,
el dueño de mis amores!
regabas todas las flores,
menos la que yo prefiero:
la florecilla más sola,
la florecilla olvidada,
 de corola
 delicada....

Pensé que por escondida
mi dueño jamás la viera;
entreabrí la enredadera
que al muro estaba prendida,
y apartando los hinojos;
pudo la flor, desde el suelo,
 con sus ojos
 ver el cielo....

Después quité la zizaña,
la cruel zizaña enemiga
que con su punzante espiga
la flor inocente daña....
y escardé el terrado, y luego
vertí en el cáliz divino
 blando riego
 cristalino....

En esta dulce faena,
cierta vez me halló mi amado:
—“¿A qué tan tierno cuidado,
me dijo, ¿á qué tanta pena
y ese afán que te consume?
....no dará esa florecilla
 ni perfume,
 ni semilla....

Inútil y desmedrada,
sin miel, ni olor, ni colores,
mofa será de las flores....
Su corola delicada
más que flor, es un reflejo,
más quebradiza es su frente
 que el espejo
 de la fuente.

Grande será tu congoja
 cuando se llegue el otoño....
 del suave y tierno retoño
 caerá la flor hoja á hoja....
 ¡Déjala ya! tu cuidado
 ponlo en mi amor, pon tu esmero
 en tu amado
 jardinero!....”

El tronco aromoso y fuerte
 que yo enlacé entre mis brazos,
 vino al suelo, hecho pedazos
 por la mano de la muerte;
 y la pequeña corola
 de la frágil florecilla
 tierna y sola,
 dió semilla....

¡Ay! cuando el otoño frío
 vino á deshojar las rosas,
 abriéronse muchas fosas....
 ¡También la del dueño mío!....
Sólo allí entre los hinojos
 quedó la flor en el suelo
 con sus ojos
 siempre al cielo....

Y trasplantada al otero
 donde ahora duerme mi amado,
 es rico tapiz morado
 que perfuma el valle entero....
 Y en tanto que el dueño mío
 duerme inmóvil en la sombra,
 sobre su tumba, una alfombra
 tejen la flor y el rocío....

MARÍA ENRIQUETA.



Estatua de la Paz.—Guanajuato.



Estatua de Hidalgo. Guanajuato.

EL CERRO DE LAS CAMPANAS

(LA COLLINE DES CLOCHES)

VIII

No fué Porfirio Díaz quien retardó la llegada de los ministros extranjeros y de los abogados á Querétaro; fué Márquez.

Desde su vuelta á México, había sometido la ciudad al terror de las exacciones. Cuando un rico se rehusaba á someterse á ellas, lo enviaba, como á los de Querétaro, á las avanzadas bajo el fuego del enemigo, hasta que abría su caja fuerte. Llegó á impuestos diarios que, para ciertas casas, llegaban hasta tres mil francos por día y no bajaban de veinticinco. Vidaurri, indignado, quería retirarse y tuvo que esconderse para no ser fusilado.

Nada se sabía de Maximiliano. El 15 de Mayo se oyeron exclamaciones entusiastas á lo largo de las avanzadas, que cada vez más se aproximaban á la ciudad. Salvas de artillería, petardos, y hasta granadas estallando en medio de las calles, arrojaron, entre sus fragmentos, boletines anunciando la caída de Querétaro y la prisión de Maximiliano. No obstante, la prensa, aterrorizada, enmudeció tres días. En fin, «La Unión», periódico oficial, escribió: «Me parece inútil decir que la noticia es falsa. Todo lo tocante á Querétaro es satisfactorio para la causa del orden; se tie-

nen noticias ciertas de que todo va bien por ese lado.»

En cuanto al llamamiento de Maximiliano al barón Magnus, ministro de Prusia, y á sus abogados (25 de Mayo), aun cuando llegó á Márquez, éste lo mantuvo secreto. Fué por una circunstancia fortuita por lo que los destinatarios tuvieron conocimiento. Un emisario abnegado llevó al padre del General Riva Palacio, uno de los nombrados defensores de Maximiliano, la noticia de la captura y del proceso. El abogado corrió hacia el Ministro del Interior, luego al Presidente del Consejo de Estado y le enseñó la carta de su hijo. Los dos ministros no juzgan la evidencia suficiente. Sin embargo, compelidos por Riva Palacio, lo autorizan para ir á informarse cerca de Porfirio Díaz. El general les remite un despacho que tenía hacia veinticuatro horas: «El Emperador Maximiliano al baron de Magnus. Tened la bondad de venir á verme á toda prisa con Mariano Riva Palacio y Martínez de la Torre, ú otro á quien juzguéis apto para defender mi causa.» Siempre generoso les promete darles la facilidad de responder á ese llamado, suspendiendo durante dos días todo bombardeo: los defensores, los ministros extranjeros, y aun todos los que quieran

salir de México podrán hacerlo libremente. Dano, el Ministro de Francia, quería aprovechar esta ocasión para ir al lado de Maximiliano. Márquez lo detiene, lo mismo que al Ministro de Austria, Lago, y á los encargados de negocios de Bélgica y de Italia: Hoorichs y Curtopasi.

El bombardeo se reanudó y las comunicaciones de nuevo se interrumpieron; el boletín oficial de Márquez decía descaramadamente: «Ya Su Majestad está cerca de México, á la cabeza de su heroico ejército con todos sus convoyes.» Y, al día siguiente: «La buena noticia se confirma; dentro de poco saludaremos en nuestra capital al valiente ejército y á nuestro ilustre soberano.»

Lago y su acompañante Tavera, Hoorichs y Curtopasi, consiguieron engañar la vigilancia de Márquez. Forest, antiguo cónsul en Mazatlán, encargado por Dano de ir en su lugar á ver á Maximiliano, no habiendo obtenido un permiso de salida, se deslizó en el carruaje de los abogados hasta Tacubaya, cuartel general de Porfirio Díaz. Una vez allí fué á ver al General y le dijo: «Encargado por el señor Dano, privadamente, de daros una carta particular y de solicitar un favor, el que considera de la mayor importancia, ruego á usted me permita dirigirme á Porfirio Díaz y no al comandante en jefe. Así podré hablar con confianza y franqueza.

—«Ciertamente, eso vale más —respondió el general.—No reconociendo al señor Dano como Ministro de Francia, no puedo, en manera alguna, tener con él relaciones oficiales; pero tendré siempre gusto en recibir cualquiera comunicación privada y en serle agradable.»

Forest entregó la carta de Dano; el General la leyó y dijo: «Aunque usted no haya sido llamado por Maximiliano, no veo ninguna dificultad en permitirle que vaya á Querétaro como un simple particu-

lar. Estoy dispuesto en serle á usted útil en todo lo que de mí dependa.» Forest pudo, pues, pasar sin obstáculo, y el 4 de Junio, á las once de la noche, llegaba á Querétaro.

IX

Habiendo los defensores de Maximiliano llegado adonde éste estaba, lo encontraron tranquilo y resignado; pero sufriendo cruelmente de su disentería y de su enfermedad del hígado. No se levantaba cada día, sino algunas horas. Comenzó una conversación, á tontas y á locas, sobre los asuntos generales de México, como si no se tratara de deliberar sobre su propio destino, y trabajo les costó conducirlo á un examen serio de sus medios de defensa. Les prometió fijar en una nota los puntos capitales.

Los abogados, muy experimentados, no tenían, en verdad, la esperanza de impedir una sentencia capital: los verdaderos jueces, á quienes pertenecería la palabra suprema, estaban en San Luis Potosí. Dividieron, pues, su tarea. Dos, Ortega y Velázquez, de Querétaro, que habían sido agregados á la defensa, hablarían ante el Consejo de Guerra; los otros dos, Riva Palacio y de la Torre, irían á San Luis á interceder con Juárez. Esta decisión regocijó á Maximiliano. Se entregó á la esperanza; hizo proyectos para el futuro: iría en su yate á Cádiz; establecería allí á algunos servidores fieles, Miramón, Mejía, Aguirre; pasaría el invierno en Oriente ó en el Brasil. A veces, no obstante, menos confiado, preparaba su testamento y legaba á su familia las pocas alhajas que le quedaban. Sacando de su seno una medalla de la Virgen, de oro, dijo: «Es un presente de la emperatriz Eugenia. No puedo dejársela, sería una ironía, pues dádomela

me dijo: «Os dará la dicha, Monseñor.»— Quiero, pues, dejarla á la Emperatriz, viuda, del Brasil.»

Rememoraba el pasado, sin consideración para Bazaine, acusando á López; pero sin insistir, ya es sabido por qué. Se desataba, al contrario, contra Márquez, el verdadero traidor, quejándose amargamente de Napoleón III «que lo había abandonado.» Sin embargo, cuando supo que Dano, en la imposibilidad de ir á verlo, le había mandado á Forest con la orden de serle útil de cualquiera manera, se mostró muy agradecido, y rogó á Magnus, el ministro prusiano facultado para visitarlo diariamente, que le expresara su deseo de recibirlo.

Pero abordar á Maximiliano se había hecho muy difícil después de una tentativa de evasión fallida. La princesa de Salm, joven americana seductora, llena de ímpetu y de audacia, había venido á reunirse con su marido. En San Luis Potosí, por donde pasó, había oído mucho, y pudo darse cuenta de que Maximiliano estaba irrevocablemente condenado; los esfuerzos de sus abnegados defensores no obtenían ningún resultado; Lerdo de Tejada, Juárez, los habían recibido cordialmente, pero rehusando su petición de incompetencia y de plazo, y dejando para después del juicio toda conversación sobre la gracia en términos que no dejaban ninguna esperanza. Era evidente, que sólo la fuga podía salvar al cautivo. La princesa invitó á su casa á los oficiales liberales, los sedujo con sus gracias, y así consiguió ganar á algunos. Su marido, en sus visitas casi diarias á Maximiliano, con quien estaba autorizado á hablar libremente en español, deslizaba á su oído confidencias que no oía el comandante de la guardia. Así lo instruyó del proyecto maquinado por su mujer. Maximiliano lo acogió fríamente: le repugnaba fugarse sin Miramón y Mejía;

«y luego, ¿cómo disfrazarse?» No se resignaría á cortar su bella barba. Se le dijo que bastaría que se la atara detrás del cuello y que se pusiera anteojos. Entonces pareció consentir, y el día fué fijado para el 2 de Junio. Al último momento retrocedió diciendo, que quería esperar á sus abogados y á Magnus. Salm se arrojó á sus pies, haciéndole ver que esos señores se alborozarían si no lo encontraban ya. Permaneció inflexible. «Nada urgía,» decía con su fórmula habitual. Creía que su vida no corría ningún peligro, y, á pesar de lo que sucediera, no se atreverían á fusilarlo. Alargándose la cosa, los oficiales ganados temieron ser descubiertos, denunciaron el complot. Al punto se tomaron las más rigurosas precauciones: «Habéis intentado hacer que el Archiduque se fugara —dijo el General Paz á Salm.— Si volvéis á intentarlo seréis fusilado sobre el terreno.» Tres coroneles con pistola en mano, velaron sobre el cautivo; los oficiales de guardia fueron triplicados y cambiados, con excepción de un alemán, tráfuga de la legión austriaca, que gozaba de la confianza del Emperador y hacía el papel de espía. Se quitaron aun los tenedores y cuchillos, y los prisioneros tuvieron que comer con las manos.

En ese estado de sospecha, Forest no pudo ser autorizado al principio para penetrar á la prisión. Fué admitido sólo hasta el 12 de Junio, la víspera de la apertura del proceso. Hacia las dos de la tarde fué conducido por el oficial de guardia á la celda de Capuchinas. Maximiliano le tendió la mano amablemente, y le dijo: «Vamos á sentarnos á la galería, mi cuarto está inficionado.» Y comenzó, en seguida, á hablar de un nuevo proyecto de evasión, en el cual parecía tener fe. Forest le exhortó á tener paciencia y á no comprometer las esperanzas que se tenían en San Luis; por lo demás, si el momento de

atreverse á todo llegaba, se le encontraría siempre dispuesto. «No esperéis nada de San Luis,» respondió el Emperador.—El peligro es grande—repuso Forest;—pero yo no desespero.—Maximiliano sonrió tristemente: «Conozco mi suerte, estoy resignado, pero no quiero sentarme en el banco de los criminales; prefiero exponerme á todo. Ved al médico en jefe y decidle que procure que atiendan á su certificado. Estoy tan débil que no podría resistir á las fatigas de la audiencia. El cuerpo se doblará y mis enemigos creerán que es el corazón el que desfallece! Si me decido á fugarme os suplicaré que me acompañéis. ¿Consentiréis? —De todo corazón, Sire. No tengo actualmente carácter oficial; no puedo, por lo tanto, comprometer á mi gobierno; además, estoy seguro de ser aprobado. Esperaré las órdenes de Vuestra Majestad; pero dignaos excusarme que os haga notar que se nos escucha, no digamos más.» Recordándole Forest la lealtad de los oficiales franceses, respondió: «Estoy contento de ellos; han cumplido con su deber hasta lo último. Quiero que se sepa en Europa.» Habló, en seguida, de sus medios de defensa; Forest le comunicó el deseo de Dano de evitar todo lo que pareciera recriminaciones inútiles. «M. Dano tiene razón; decidle que, hasta ahora, tengo el derecho de repetir aquellas palabras de uno de vuestros reyes: «Todo se ha perdido, menos el honor.» Después de mi muerte, podrán aplicármelas; no haré y no dejaré hacer nada contra mi honor y mi dignidad. En el fondo de mi corazón no hay ni hiel ni amargura.» Habiendo Forest reconocido y justificado las razones dadas por Francia, cuando reconoció la imposibilidad de fundar un imperio en México, Maximiliano lo detuvo y repitió con calor: «No tengo ni hiel ni amargura en el fondo de mi corazón.» La entrevista duraba hacia ya hora y media;

Maximiliano estaba ya abrumado de fatiga. Forest quiso retirarse. «Quedaos, las horas de la prisión son muy largas y me agrada platicar un poco.» Habló de diversos asuntos, de México, de sus Ministros, de las simpatías que los habitantes de Querétaro le manifestaban. Dijo también: «Amo á los franceses; he sido educado por una francesa.» Pero no pronunció, ni el nombre de Francia, ni el de su emperador. Forest notó que el rostro de Maximiliano denotaba vivos sufrimientos y penosos esfuerzos para sofocarlos, se levantó pidiendo que se dignara permitirle volver. «Sí, sí, volved como esos señores (los ministros de Prusia, de Austria y de Bélgica) todos los días; tengo muchas cosas que decir á usted.»

X

El siguiente día, 13 de Junio, á las nueve de la mañana, en el teatro Iturbide, comenzaba el proceso. La parte de la sala reservada á los espectadores quedaba en la sombra; la escena iluminada representaba una columnata y una fuente con surtidor. A la derecha del espectador, tres mesas, detrás de las cuales se encontraban nueve sillas, enfrente, tres groseros bancos, el de enmedio, destinado al Emperador, más bajo que los otros dos, sillones para los abogados. Cerca de trescientos espectadores, militares casi todos, estaban presentes. A las nueve, los jueces tomaron asiento, el Presidente, Coronel Sánchez en medio, el fiscal y tres jueces á su derecha, el escribano y otros tres jueces á su izquierda, todos muy jóvenes. Mejía y Miramón entraron, rodeados de un pelotón de soldados y seguidos de sus defensores. Los soldados, con el arma inclinada á su lado como si hubieran cruzado la bayoneta, se formaron en semicírculo de-

trás de sus oficiales que, con la espada desenvainada, se mantenían adelante.

Miramón tenía una actitud soberbia de fiereza, y parecía desafiar á sus jueces. Mejía, abrumado de sufrimiento, aunque su valor no había vacilado, causaba lástima sentado en el banco demasiado alto para que sus piernas, muy cortas, pudieran tocar á tierra. No obstante, cuando el presidente le preguntó su nombre, le respondió: «Bastante bien lo sabes.» Leída el acta de acusación, su abogado, Próspero Vega, se levantó, haciendo con tono monótono la defensa. Cuando hubo terminado, Mejía, á quien el Presidente preguntó si tenía alguna cosa que replicar, respondió por un signo negativo, y se retiró seguido de un piquete de soldados. Entonces Jáuregui, de San Luis, y Ambrosio Moreno, de Querétaro, leyeron sus requisitorias en favor de Miramón. Llegado el turno de Maximiliano, el comisario del gobierno fué á la prisión é hizo constar que su estado no le permitía comparecer ante la audiencia. Fué concedida la palabra á sus defensores, que hicieron uso de ella hasta las nueve de la noche.

Hacia las cuatro, durante la defensa del abogado de Miramón, Lago vino á buscar á Forest al teatro. Se pasearon en medio de la gran plaza, á fin de que nadie los oyera; Lago dijo: «La fuga del Emperador está arreglada para esta noche. A las diez, hoy en la noche, va á ser conducido á la capilla; es el regimiento del Coronel Palacio quien lo custodiará, y el Coronel Villanueva está encargado del servicio de noche. Estos dos oficiales han consentido en salvarlo por 100,000 pesos cada uno.... tengo en mi poder los tratados firmados por el Emperador. Han exigido que fueran además firmados por mí y por Hoorichs y Curtopasi, y además, que lleváramos esta noche, en casa de la princesa de Salm, que está al corriente de todo, una suma de

8,000 pesos en oro para ser distribuida entre los soldados; el Emperador ruega á usted que lo acompañe; habrá que estar cerca de la capilla; seis caballos ensillados esperarán en una casa vecina, y esta noche, en casa de la princesa, los coroneles harán á usted saber más.»

Forest respondió que los ocho mil pesos estaban á la disposición del Emperador, que estaría en el lugar designado dispuesto á prestar su concurso; pero el proyecto era insensato, y recomendaba á Lago que volviera cerca del Emperador y le hiciera saber primero que el motivo para precipitar la fuga era falso, pues la sentencia no podía ser pronunciada antes del día siguiente en la noche; en seguida, que la princesa de Salm era juguete de traidores, y que equivaldría á descubrir todo llevar el oro á su casa; si los coroneles eran leales en su concurso, debían venir á exponer su proyecto y á discutirlo.

Forest y Lago fueron en seguida á informar á Hoorichs y á Curtopasi, y á pedirles que firmaran los tratados y les ayudaran á conseguir el dinero. También el italiano y el belga juzgaron quimérico el plan; el Emperador había caído en un lazo; rehusaron firmar los tratados y suplicaron á Lago que quitara su firma. Tras de su negativa, uno de ellos tomó unas tijeras y cortó el pedazo de papel sobre el que se encontraba la firma. Lago corrió á las Capuchinas llevando al Emperador los tratados mutilados. Maximiliano se arrebató contra la incredulidad de los ministros; estaba seguro de los coroneles, y no había que cansar su buena voluntad. Sin embargo, renunció á la combinación de los tratados firmados por los ministros, esperando que se contentarían sólo con su firma. Pidió solamente, que antes del siguiente día, se llevara en casa de la princesa la suma más fuerte de dinero que se pudiera reunir, pues los coroneles eran muy orgu-

llosos para venir á ofrecer su cooperación; á sus amigos tocaba reclamarla..

Al día siguiente, 14 de Junio, Hoorichs y Curtopasi se dirigían al tribunal donde continuaba el proceso, cuando fueron invitados por el Coronel Dávalos á desandar el camino y á seguirlo. Pasaron ante el Hotel donde se alojaban Lago y Tavera, y los distinguieron bajo la custodia de otro oficial. A todos se les condujo á casa de Escobedo, cuyo discurso fué breve: «He aquí un pasaporte colectivo; abandonad la ciudad.—Pero al menos quisiéramos que se nos concedieran dos horas.—No, parti-réis inmediatamente.» Se les condujo á un carruaje, y en el momento en que el cochero iba á azotar á los caballos, Dávalos se inclinó hacia ellos y les dijo en voz baja: «Señores, si vuelven ustedes á esta ciudad antes de tres ó cuatro días, les costará á ustedes la vida.»

La princesa de Salm fué llamada á su vez; Escobedo le dijo: «Señora, el aire de Querétaro es muy malsano; el tifo reina; hay aquí una atmósfera peligrosa, y si yo fuera tan libre como usted lo es, me iría; eso valdría más para usted bajo todos conceptos; mucho deseo que usted parta dentro de dos horas.» El oficial que volvió á conducirla á su casa, no le acordó sino diez minutos. Fué llevada á Santa Rosa, al pie de la Sierra Gorda, de donde, puesta en libertad, marchó á San Luis Potosí. El príncipe de Salm, separado de los otros oficiales, fué estrechamente encerrado.

Uno de los dos coroneles, que habían, en efecto, escuchado y parecido acoger los ofrecimientos de la princesa, el Coronel Palacio, había ido á revelárselos á Escobedo.

XI

El proceso continuó.

Se escucharon la requisitoria y las ré-

plicas. Los defensores insistieron sobre la incompetencia, y en cuanto al fondo, reprodujeron las ideas suministradas por Maximiliano en una pequeña nota, que se resumía en una recriminación contra la Francia: «Lejos de haber sido su instrumento, se había puesto desde su llegada en lucha con ella; su primer ministerio, el de Ramírez, era antifrancés; había mantenido la integridad de México rehusando la cesión de Sonora; no había venido como usurpador, sino como el libre elegido de la Nación, cuya felicidad había sido su única ambición; no había tenido ninguna ingerencia en las cortes marciales de los franceses, que le reprochaban ser muy clemente; sus ministros eran liberales, imitaban á Juárez; en cuanto había podido sustraerse á la presión francesa, se había apresurado á revocar la ley del 3 de Octubre, de la cual el mariscal mismo le había dictado algunos pasajes; había permanecido cerca de los franceses para aplicar sus ideas de congreso; los franceses exigían su partida á fin de hacer arreglos financieros, y ponerse de acuerdo con Ortega; su perseverancia había salvado al país; Márquez no había sido llamado sino por razones de economía; Miramón no lo había sido; en 1865, antes de la traición de los franceses y la intervención de los Estados Unidos, había gobernado casi todo el país; había siempre juzgado honorable la constancia de los esfuerzos de Juárez, cuya persona no encontraría en la multitud de leyes y decretos promulgados, una sola palabra que hiriera su reputación; el fracaso de su empresa demostraba la fuerza del sentimiento republicano en México, pero de ninguna manera un crimen de su parte.»

Sobre la incompetencia, el acusador tuvo una respuesta fácil: «Cuando creiais que Juárez iba á caer en vuestras manos, habéis prescrito á Miramón el hacerlo condenar á muerte por un consejo de guerra;

sufrid, pues, la suerte que le habíais preparado.» En cuanto al fondo, las respuestas no eran menos sólidas: «Habéis revocado á últimos momentos el decreto de 3 de Octubre, pero muy tarde, después de haber hecho las más crueles aplicaciones. ¿Cómo habéis creído que los procesos verbales frangollados que se os presentaban, expresaban la voluntad del pueblo? En todo caso, después de la partida de los franceses, cuando todo el país, salvo cuatro ciudades, había vuelto al poder de los republicanos, no podíais conservar esa ilusión, y habéis continuado la guerra por vuestra propia cuenta. Era, decís, para preparar el camino á un arreglo? No es á balazos como los arreglos se preparan. Habéis sido sorprendidos con las armas en la mano, y habéis caído bajo el golpe de la ley.»

El consejo se declaró competente, y pronunció, á las once de la noche, la pena de muerte contra los tres acusados. El 16, á las once de la mañana, el Coronel Palacio vino á notificarles la sentencia, anunciándoles que sería ejecutada el mismo día á las tres. El Emperador escuchó con tranquila sonrisa, y dijo á Bash, mirando su reloj: «Tenemos aún tres horas, lo bastante para concluir mis asuntos.» A las tres, los condenados esperaban en el dintel de sus celdas; pero la hora sonó, pasaron los minutos y nadie vino á buscarlos. A las cuatro, Riva Palacio entra con un papel en la mano. ¿Es el indulto? No, es un aplazamiento. La ejecución se difería para el 19, á las siete de la mañana.

Informados por el telégrafo de la sentencia y de la hora en que debía ejecutarse, los defensores de Maximiliano se habían acercado á Lerdo y á Juárez, implorando con lágrimas el indulto. Magnus, que se había unido á ellos, pedía, cuando menos, un aplazamiento de algunos días, á fin de que Maximiliano pudiera arreglar

sus asuntos. Lerdo tomó la súplica, entró al gabinete de Juárez, donde estaban los demás ministros, y salió después de tres cuartos de hora con un despacho, al que dió lectura: «Al General Escobedo, 16 de Junio, una de la tarde.—Los defensores de Maximiliano y de Miramón han pedido la gracia de los condenados, el gobierno la ha rehusado, pero á fin de que los condenados tengan tiempo de arreglar sus asuntos, el Presidente de la República ha decidido que la ejecución tenga lugar hasta el día 19, miércoles, del corriente por la mañana.» Lerdo agregó con voz conmovida: «Con un indecible pesar, el Gobierno ha tomado esta resolución que considera como la garantía de un porvenir de tranquilidad para el país. La justicia y el interés público lo exigen. Si el Gobierno comete un error, este error no será hijo de la pasión; es nuestra conciencia quien nos dicta la negativa que oponemos á ustedes.» Por su parte, Escobedo, por un último escrúpulo, había retardado la hora de la ejecución; sin esa circunstancia, el despacho hubiera llegado tarde. Magnus hubiera querido que el aplazamiento hubiera llegado hasta el 21, pero pareció inhumano prolongar aún esa agonía. Se puso á su disposición una diligencia especial que lo llevaría á tiempo á Querétaro, para tener una entrevista suprema con Maximiliano.

Juárez y sus ministros estaban seguros de que la gracia de Maximiliano prolongaría la guerra civil: á pesar de sus palabras de honor, no resistiría á las excitaciones renovadas de su partido, y comenzaría de nuevo su intervención fatal. Antes se había perdonado á Iturbide; había vuelto, y había sido preciso fusilarlo. El Archiduque no sería más prudente; hablaría, escribiría, sería el centro de un foco permanente de intrigas: la clemencia no sería imputada á generosidad, sino á debilidad; era contrario á la justicia devolver á las arbo

ledas de Miramar, á aquel, que sin derecho, había ensangrentado el país durante tantos años. Aunque el gobierno lo quisiera, no tenía el medio material de salvar á Maximiliano; si lo hubiera intentado, el grito de traición hubiera resonado por todas partes; hubiera sido derribado, y la guerra civil, á punto de terminarse, hubiera proseguido con intensidad más violenta. Las pasiones se inflamaban con grado extraordinario en el ejército. En Querétaro, como en México, las tropas estaban exasperadas. Porfirio Díaz, aquel de los jefes que mejor personificaba la moderación, escribía á Juárez: «Si se perdona al Emperador, no seré dueño de mi ejército.» De Tacubaya, Forest decía á Dano: «Hemos sido engañados cuando se nos representaba á los jefes republicanos como dispuestos á solicitar el perdón de Maximiliano. En todos los campos, los oficiales pedían imperiosamente su cabeza y la de todos los adherentes al Imperio, grandes ó pequeños; ostentaban un odio implacable contra los extranjeros, particularmente los franceses. Irritados por la nota de M. Campbell, hablaban de arrojar un desafío á los Estados Unidos, por haber tenido la audacia de pedirles la gracia del austriaco; en una palabra, era un cinismo de palabras sanguinarias, extravagantes, y de orgullo llevado hasta la demencia.» En la mesa redonda del hotel de diligencias de Querétaro, donde se encontraban quince ó diez y seis oficiales generales ó superiores, un Teniente Coronel del Estado Mayor de Escobedo, dijo en alta voz: «¡Habría que cortar en pedazos el cuerpo de Maximiliano, y mandar un pedazo á cada ciudad de México!» En las casas particulares en que los franceses eran recibidos con bondad, oían á menudo á los visitantes militares expresarse como energúmenos que recordaban los peores días de la revolución. «Se reproducían las cartas desgarradoras de

los generales Arteaga y Salazar, fusilados en virtud del sanguinario decreto de Maximiliano, por el crimen de haber defendido su patria contra la intervención extranjera.

En el estado de tensión en que esta atroz guerra civil había arrojado á los espíritus, fusilar, ó ser fusilado, había llegado á ser un accidente natural de la existencia, y no inspiraba ningún horror. He ahí, cómo hombres de un carácter humano, superiores á la cólera y al odio, se creían obligados á resistir al enternecimiento de la piedad, y á mostrarse ferozmente inflexibles.

XII

Los Estados Unidos, desde el 6 de Abril, incitaban al Gobierno Mexicano á acordar á Maximiliano, si era hecho prisionero, el tratamiento humano que las naciones civilizadas reservan á los prisioneros de guerra. Lerdo de Tejada respondió altivo, que México, habiendo recobrado su autonomía, no tenía que recibir ni órdenes ni consejos, y que si las personas que recomendaba caían en sus manos, no podría considerárseles sino como simples prisioneros de guerra, cuyos crímenes estaban definidos por el Derecho de gentes y las leyes de la República. Francisco José, después de haber devuelto á su hermano los derechos de sucesión (agnat), como prenda de la renunciación á la corona de México, había también encargado á su representante en Washington, de solicitar de los Estados Unidos una nueva diligencia; los gobiernos francés é inglés se habían unido á él, y el 1.º de Junio, Seward telegrafió á su agente Campbell, residente en Veracruz: «Id lo más pronto posible al lugar en que Juárez reside; recomendad calurosamente la clemencia hacia Maxi-

liano, y si se puede, hacia los otros prisioneros.» Campbell, que preveía un desaire, se arregló de manera de no partir, y dió su dimisión. Los destinos del pobre Maximiliano, iban, pues, á cumplirse. Magnus, que llegó la noche del 17 al 18 á Querétaro, vió á Maximiliano el 18 á mediodía, luego en la noche, y recibió sus instrucciones supremas. Intentó aún un esfuerzo último, y telegrafió á Lerdo: «Llegué hoy aquí, y reconocí que los tres condenados están muertos moralmente, y que todo el mundo los considera así, en vista de que después de haber tomado todas sus disposiciones para morir, han esperado á cada instante, durante una hora entera, que se les llevara al lugar del suplicio. Las costumbres de nuestra época no permiten, que después de haber sufrido esta horrible tortura, se les haga morir mañana una segunda vez. En nombre de la humanidad, en nombre del cielo, os conjuro para que ordenéis que no se toque á su vida.»

Por su parte, Maximiliano telegrafió á Juárez: «Desearía que se les acordara la vida á Miguel Miramón y á Don Tomás Mejía, que han sufrido antes de ayer todos los dolores y las amarguras de la muerte, y que yo fuera la sola víctima, como lo he pedido desde el momento en que fui hecho prisionero.» Lerdo respondió renovando la orden á Escobedo, para que ejecutara la sentencia al siguiente día.

Los condenados pasaron su último día en efusiones con sus familias ó sus amigos. Maximiliano escribió al Santo Padre, pidiéndole perdón por la pena que hubiera podido causarle, y protestando que moría en el seno de la Iglesia católica. Recomendó á su familia á la viuda de Miramón; dirigió gracias á sus defensores, al capitán Pierron, antes agregado á su persona; envió á Juárez una adjuración suprema: «Haced que mi sangre sea la última derramada y consagrad esa perseverancia que habéis

puesto en defender la causa que acaba de triunfar, y que yo me complacía en conocer y estimar en medio de la prosperidad á la más noble tarea de reconciliar los espíritus, y de fundar la paz en este país infortunado.» Hizo rogar á Escobedo, por medio de Magnus, que le escogieran buenos tiradores, y recomendarles que no le tiraran al rostro y que lo mataran al primer tiro, pues no cuadraría que la multitud viera un Emperador retorcerse en el suelo en las convulsiones de la agonía. Manifestó el deseo de recibir la visita del General, á fin de expresarle este último voto, y de despedirse de él. Esperando, se durmió. A las once se les despertó para recibir al General. Escobedo, lo dejó todo conmovido, llevando consigo una fotografía, en cuyo reverso, Maximiliano había escrito: «Al General D. Mariano Escobedo, Maximiliano.»

El General fué después á ver al pobre Mejía, lleno de sufrimiento y desesperación. No había olvidado que otra vez ese desgraciado le había salvado la vida. Lo había visto desde su arresto, y le había prometido usar de su influencia con su gobierno, y de su prestigio con el ejército, para sacarlo de allí. Mejía contestó, que sólo lo aceptaría si eran salvados con él Maximiliano y Miramón. «Eso me es imposible, dijo Escobedo.»—«¡Pues bien, que se me fusile con su Majestad!» Ahora Escobedo venía á prometerle que se ocuparía de su viuda y de su familia, pues Mejía, recientemente casado, acababa de tener un hijo, al cual, después de haber atravesado tanto saqueo, no dejaba más que un rebaño de veintiocho vacas y una choza en la montaña.

Maximiliano se había vuelto á dormir. Se levantó á las tres y media de la mañana, hizo una «toilette» muy cuidadosa, se vistió un paletó oscuro, un chaleco, un pantalón negro y un sombrero de fieltro

gris, que trabajosamente consiguió á última hora. A las cinco, el padre Soria, que le había dado ya los sacramentos, vino á celebrar la misa en la celda. Desayunó con un poco de pollo, de vino y de café, dió aún algunas comisiones al Dr. Bash, le recomendó que entregara á su madre un escapulario que llevaba en la bolsa de su chaleco.

Al principio, la hora había sido fijada á las siete. Escobedo la anticipó, á fin de evitar las manifestaciones populares. Al sonar las seis, un oficial se presentó. Maximiliano salió de su recámara. Con esa intrepidez tranquila, y esa grandeza simple que conservó hasta el fin, dijo: «Estoy presto.» Sus servidores lloraban y besaban sus manos. «Estad tranquilos, dijo, ya veis que yo lo estoy; es la voluntad de Dios que yo muera.» Fué hacia las celdas de sus compañeros: «¿Estáis listos, señores? Yo lo estoy.» Luego los abrazó. El buen Mejía estaba desmayado. Maximiliano subió el primero en un coche, rodeado de una escolta de caballería. Su criado húngaro, y el padre Soria, se sentaron á sus lados. Mejía y Miramón seguían con sus confesores en otros dos carruajes. Hubo que separar á fuerza á la mujer de Mejía de su lado: seguía tras de su coche con su pequeño hijo en brazos, arrojando gritos desgarradores.

Todas las tropas de la guarnición formaban valla, y contenían á una inmensa multitud silenciosa. Un sol deslumbrante iluminaba las calles é invitaba á la vida, mientras que las campanas de todas las iglesias arrojaban al aire su toque de agonia. Al paso del cortejo muchos saludaban silenciosamente; las mujeres lloraban, sobre todo al ver á la desdichada mujer de Mejía. Cuando el cortejo llegó á la entrada del cuadrado de 4,000 hombres que rodeaba el lugar de la ejecución, el Emperador abrió la portezuela y saltó á tie-

rra. El padre Soria desfallecía; Maximiliano tomó su frasco de sales para reanimarlo; vió á la multitud, y preguntó si no estaba allí alguno de sus amigos. Se le dijo que Magnus estaba presente, pero que no podía verlo.

Su lugar estaba señalado en el centro, con Miramón á su derecha y Mejía á su izquierda; se volvió hacia Miramón, y le dijo. «Un valiente, aun en el momento de la muerte, debe ser distinguido por su soberano; permitidme que os dé el lugar de honor,» y poniendo á Miramón en medio, se colocó á su derecha.

Tres pelotones de ejecución, compuesto cada uno de siete hombres y un oficial, se alinearon á un metro de los condenados. El oficial encargado de ordenar el fuego, avanzó hacia el Emperador, rogándole que lo perdonara: «Joven, le dijo Maximiliano, gracias por vuestra compasión, pero sois un soldado; obedeced.» Avanzó hacia los hombres del pelotón, dió á cada uno una onza de oro (80 francos), y les dijo: «¡Hijos! apuntad bien, ¡apuntad aquí!» y les mostró su corazón. Luego volvió á su lugar, y dijo con voz clara y firme: «Voy á morir por una causa justa, la causa de la Libertad y de la Independencia de México. Pueda mi sangre poner un término á las desdichas de mi nueva patria. ¡Viva México!» Se quitó el sombrero, lo dió á su servidor para que lo llevara á su madre, y secó su frente con el pañuelo. Distinguiendo á algunos pasos á un grupo de hombres y de mujeres, que sollozaban ruidosamente, les sonrió, echó su barba hacia atrás, y miró delante de sí.

Miramón leyó un discurso que terminó con el grito de: ¡Viva México! Mejía dejó caer sobre su pecho el crucifijo que tenía en la mano; los oficiales levantaron su espada, el fuego de pelotón estalló. Maximiliano cayó sobre su flanco derecho, murmurando la palabra ¡Hombre! Cada una

de las balas había traspasado, cada una era mortal, pero como parecía que el Emperador se movía aún, un oficial volteó el cadáver sobre la espalda, y mostró el corazón con la punta de su espada. Un soldado se adelantó, dando el último disparo. Mientras, el doble de las campanas continuaba resonando.

La majestad de la muerte fué respetada; ninguna mutilación tuvo lugar sobre el cuerpo de Maximiliano: fué embalsamado, al principio mal y muy caro por el Dr. Licea, de Querétaro, el que había entregado á Miramón; después se le transportó á México, donde la operación fué hecha de nuevo en mejores condiciones.

El historiador Cantú, repitiendo diceses de periódicos, ha acusado á Juárez de haber vendido al Emperador de Austria el cadáver de su infortunado hermano. Es una calumnia; el cadáver de Maximiliano había sido reclamado por cuatro personas: el Dr. Bash, el ministro de Prusia, el ministro de Austria y el almirante Tegethoff. Embarazado por esta competencia el gobierno, respondió que estaba dispuesto á entregar el cuerpo á quien produjera un documento oficial del gobierno austriaco, ó de la familia del Archiduque. Beust, canciller del imperio, habiendo, por una nota del 22 de Septiembre, 1867, certificado que el Almirante Tegethoff estaba encargado por la familia, de reclamar el cuerpo de Maximiliano, Lerdo hizo saber al Almirante, que la entrega se le haría inmediatamente. Después del segundo embalsamamiento, ese cuerpo había sido el objeto de los cuidados más respetuosos; había sido vestido de negro, y recostado sobre cojines de terciopelo, en un ataúd de madera de rosa, de un trabajo notable, depositado en una caja de zinc, y luego en una tercera de cedro; así es como fué entregado.

XIII

Ninguna ejecución siguió en Querétaro á la de Maximiliano. Allí su sangre fué verdaderamente la última derramada. No se les ahorraron, sin embargo, los rigores á sus compañeros de lucha. Todos los oficiales fueron condenados arbitrariamente, sin proceso: los coroneles, á seis años de prisión; los tenientes coroneles, á cinco; los mayores, á cuatro; los capitanes y tenientes extranjeros, á dos años; los tenientes mexicanos fueron puestos en libertad, pero sometidos á la vigilancia durante un año; los oficiales, contra los cuales había cargos especiales, fueron degradados y llevados ante una corte marcial, y con ellos, el ministro Aguirre, el prefecto Domínguez y el secretario Blasio. Morelia fué el lugar de cautividad donde se envió á los oficiales mexicanos condenados á prisión. Muchos, debilitados por sus heridas, marchaban bajo el ardor del sol tropical con un fardo á cuestas, con los pies ensangrentados, pidiendo ser fusilados para no sufrir ya. Los habitantes de las ciudades tuvieron piedad de ellos, y les procuraron víveres y monturas que les permitieron llegar al término de sus tristes jornadas. Los oficiales franceses fueron enviados á Zacatecas, encerrados con los criminales, y puestos con cadenas. Se quejaron amargamente; se les transfirió á un convento; se les quitaron las cadenas. Pero el gobierno no les dió ni sueldo ni alimentos, y hubieran muerto de hambre, si los negociantes franceses de la ciudad no hubieran venido en su ayuda y no los hubieran alimentado.

No faltaba más á la completa pacificación del país, sino la rendición de México; ella no tardó. Márquez había persistido en su defensa sostenido por las mentiras, las exacciones, el terror más espantoso. El General Arellano, escapado de Querétaro, habiéndose deslizado en la capital, había

confirmado una vez más todo lo que los partidarios de la guerra, á todo trance, sabían ya de la caída de Querétaro y de la cautividad de Maximiliano. Márquez hizo sonar las campanas, tocar las músicas militares y anunciar sobre los muros, que Arellano había traído la dichosa nueva de que el ejército imperial venía al socorro de México, y pronto estaría á la vista. Se hicieron iluminaciones, se tiraron cohetes, y durante ese tiempo, el hambre reinaba; muchos desgraciados caían muertos en las calles, y sus cadáveres se veían aquí y acullá.

Hubiera dependido de Porfirio Díaz terminar por un asalto esta lúgubre mistificación, pero eso hubiera significado la ciudad entregada al saqueo y á las desdichas sin nombre. Preludiando el papel de pacificador que ha hecho su gloria, rehusó someter la capital, donde iba á establecerse de nuevo la República, al horror de esa prueba. Consejos, ruegos, amenazas, reproches de traición, no conmovieron su magnánima resolución, y el desenlace se produjo tal y como él lo había deseado.

El 18 de Junio, los austriacos, instruidos por una misiva no interceptada de lo que acababa de pasar en Querétaro, rehusaron su obediencia á Márquez. El comandante de la contraguerrilla francesa hizo lo mismo. El general O'Horan, gobernador de la plaza, en presencia de este abandono general, se puso en relación con Díaz, y exigió de Márquez, que viniera el 19 de Junio á presidir un consejo de guerra. Márquez convocó el consejo y le envió el billete siguiente: «Como es cosa probada que el Emperador está prisionero, yo, el suscrito, ceso de estar encargado de la lugartenencia del Imperio.» Ya había desaparecido; no se volvió á oír hablar de él.

Porfirio Díaz no admitió una capitulación: exigió que la ciudad se entregara á discreción (20 de Junio). El 21, al ama-

necer, entró en México á la cabeza de la primera división del ejército. Algunos vivas estallaron. Dirigió su caballo de lado de donde habían partido: «Os doy las gracias, dijo, pero permitidme que pida el silencio; un grito puede provocar otros; y quiero que ninguna manifestación de rencor se mezcle á nuestra victoria.» Carros cargados de pan seguían su columna. Baz, el gobernador de México, secundó con abnegación sus intenciones humanas. Las tropas, introducidas por destacamentos, guardaron un orden perfecto. Se atendió á sus necesidades por medio de un préstamo libremente negociado.

Fué de San Luis Potosí de donde llegaron las órdenes de rigor. Todos los que en calidad de notables habían votado por el imperio, todos los que lo habían servido y habían recibido un sueldo, debían presentarse dentro de un plazo de veinticuatro horas. Pasado ese plazo, serían fusilados sin proceso. Los habitantes debían dejar esculcar sus habitaciones, y los que ocultaban un delincuente, eran castigados con pena de seis meses á dos años de trabajos forzados, á menos que se tratara de un padre, hermano, hijo ó marido. Díaz suavizó esas órdenes prolongando por dos días, luego por tres, el plazo conminatorio; pero no pudo impedir dos ejecuciones, la del General Vidaurri y la del General O'Horan, que no se habían presentado, y que fueron sorprendidos en sus escondrijos.

Porfirio Díaz y Riva Palacio, que había cesado de ser soldado, y había vuelto á ser periodista, aconsejaban á Juárez la amnistía general; Lerdo de Tejada preconizaba las medidas severas. El 15 de Junio el Presidente entró á México, y se supo, dos días después, que no acordaba un perdón general; pero que las penas eran suavizadas. No se fusiló ya, se encarceló; se condenó á trabajos forzados, de dos á quince

años. Hubo alguna incertidumbre sobre la suerte reservada á Dano, Ministro de Francia. Juárez no se pronunció en ningún sentido; pero se le achacaba la intención de retenerlo en rehenes, á cambio de Almonte. Los americanos procuraron libertarlo: su ministro Utterwood hizo presión sobre Juárez; el Almirante Palmer, enviado con una fragata á Veracruz, llegó á pedir noticias suyas. Juárez comprendió la advertencia, y dió sus pasaportes á Dano, así como á los ministros de Bélgica y de Italia, haciéndolos escoltar hasta el lugar de su embarque.

El 17 de Agosto, los electores fueron llamados para elegir una nueva Cámara, un Presidente, y á deliberar sobre las re-

formas constitucionales; creación de un Senado; derecho de veto acordado al Presidente. Estaba excluido del voto cualquiera que se hubiera adherido al Imperio.

El 8 de Octubre, Juárez fué reelecto, é instalado el 1.º de Diciembre, con Lerdo de Tejada como Presidente de la Suprema Corte. El orden republicano estaba restablecido, y de la aventura imperialista no quedaba sino una infeliz princesa amortajada en las sombras de la demencia, y un pobre cuerpo imperial acribillado de balas, vuelto á aquella patria de donde había partido brillante de juventud. Jamás el atentado contra el derecho de las nacionalidades, ha sido tan pronta y tan terriblemente castigado.

(De la reciente obra de Emile Ollivier, ministro de Napoleón III, intitulada: «L'Empire Libéral.»

PERSONAL

Amado Nervo, honrado por el Gobierno de la República con el nombramiento de segundo Secretario de la Legación de México en Madrid, ha marchado á España á desempeñar el puesto que se le ha designado. Su ausencia, no quiere decir que su nombre desaparezca de la «Revista Moderna,» ni mucho menos; desde la metrópoli española escribirá para nuestro Magazine, con la alta inteligencia y exclusiva inspiración con que siempre ha abillantado las columnas de este periódico. Ya, so-

bre la onda pérfida, pero para él grata, debe encontrarse entre Nueva York y el Havre ó Saint Nazaire. El Gobierno mexicano ha enviado un segundo Secretario de Legación á Madrid; la flamante literatura mexicana envía un verdadero embajador cerca de la gloriosa corte de las buenas letras españolas. Sus compañeros, sus amigos, en espíritu, le acompañamos. Regresará pronto, por el deseo que tenemos de estrecharle, en nuestro brazos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

«Los Mayas Primitivos.»—Algunos estudios sobre su origen, idioma y costumbres, por Manuel Rejón García. Mérida. 1905.—Para el arqueólogo, para el artista, para el docto curioso, cuanto se relacione con los antiguos Mayas, pobladores del valle de Chiapas, de la península yucateca y de Centro América, tiene por su prestigio y su misterio un profundo interés. Así al leer este título del folleto del Sr. Manuel Rejón García: «Los Mayas Primitivos,» nos prometimos una grata lectura, fecunda y reveladora.—El folleto se compone de cinco ligeros estudios, tan ligeros que apenas si valen la pena de tomarse en cuenta. El autor, tras de apuntar las observaciones de Cogolludo, Canillo y Ancona y Eligio Ancona, aventuró una hipótesis propia.—Yucatán se llama así á causa de las cuentas verdes que los conquistadores regalaban á los aborígenes: «*Contoon yu c'atan*» (Véndonos gargantillas para nuestras mujeres), decían los indios, y los españoles, de tanto oír el último sonido, designaron con él á la región en que se pronunciaba.

Hay que confesar que tal hipótesis no tiene mucho de persuasiva; es, al menos, bastante sutil.

El segundo estudio: «Tihosuco,» no es arqueológico ni literario; en cambio es una anodina efusión de trivial lirismo.

Los dos artículos siguientes versan sobre lengua maya; por ser de carácter tan especial no entran en nuestros análisis.

La parte final del folleto, subdividida en

cuatro partes, titúlase categóricamente: «Los Mayas descienden de los Egipcios,» y merece mayor atención.

Todo el que se haya ocupado en asuntos arqueológicos nacionales, comprenderá que el estado actual de la ciencia y los documentos que se poseen, no autorizan á nadie para asentar tamaña afirmación. El frágil trabajo del Señor Rejón García no ha modificado la situación en un ápice. Después de su vano intento de prueba, la ascendencia de los mayas continúa en su misma y antigua obscuridad. Con el mismo acopio de ambigüedades con que el Sr. Rejón sostiene su tesis, podría yo sostener que los Mayas descienden de los Caldeos, de los Khetas ó Hititas, de los Judíos ó de los Japoneses.—Y podría yo alardear de una erudición algo menos ingenua que la del Sr. Rejón García. En efecto, hay estructuras caldeo-asirias, asimilables en carácter á las de la región maya; ciertos bajo relieves rupestres de la Siria y la Capadocia se manifiestan parecidos á las de Copau ó Palenque, y en cuanto á los japoneses, aparte de la palmaria similitud étnica, existen buen número de otro carácter.—Pero porque *warachi* y *huarache* designan allá y acá el mismo calzado; porque la estructura del teocali nahoá es idéntica á la del templete rústico nipón, y porque de igual peculiar manera cargan á sus hijos indias mexicanas y japonesas, ¿puede seriamente aventurarse que los aborígenes de nuestro territorio tienen una ascendencia japonesa?

Casi todas las analogías que el Sr. Rejón

encuentra entre egipcios y mayas, pueden explicarse por la ley de las evoluciones paralelas, cuya ignorancia pone en un papel muy triste á quienes sobre una similitud sustentan una afirmación. O cree el Sr. Rejón, que tanta importancia concede á las analogías, que para construir sus habitáculos idénticamente, se han puesto de acuerdo los castores, las abejas y otros animales constructores del antiguo y del nuevo Continente.

Entre los pueblos de cultura embrionaria, es más peligroso ese procedimiento; las mismas leyes de frontalidad y de gravitación, rigen á todos los productos de la estatuaria primitiva, sin que los pueblos que las produjeron, hayan tenido el menor acuerdo, ni nada entré sí de común, más que pertenecer á la especie humana.

En resumen, el libro del Sr. Rejón García es infantil y frívolo, aunque con tendencias á ser sesudo y trascendental.

Por bien de la ciencia y de la cultura nacionales, hay que ponerse en guardia contra el poco escrúpulo de quienes, sin estar equipados para ello, abordan temas altos y al alcance sólo de intelectualidades culminantes y robustecidas en el estudio.

Sin estas condiciones, el error ó la ignorancia se propagan, y eso constituye un crimen de lesa ciencia.

“De Noche.” Novela por Carlos D. González. México. 1905. — La novela que lleva este título puede ponerse como modelo de falsedad y de insignificancia. ¿Dónde pasa su acción? Quizá en México, puesto que el sarape y el tequila se mencionan en sus páginas . . . Pero quizás también en Valencia, puesto que los protagonistas trabajan en las huertas y se llaman «*huertanos*,» ni más ni menos, como los personajes de Blasco Ibáñez . . . Por lo demás, la acción puede pasar en cualquier punto del territorio mexicano, del Bravo al Usumacinta, con tal de que en ese punto se usen el tequila y el sarape. ¿Que no es condición precisa, para la excelencia de una

novela, que el teatro de su acción esté rigurosamente determinado? Muy bien, en cuanto el asunto de esa novela pueda abstraerse del espacio por su alta significación humana, por la universalidad de sus conflictos psicológicos y, aun así, quién sabe hasta qué punto pudiera el autor prescindir del ambiente y del medio. Pero, en este caso, eso no sucede. El enredo, si es que existe, es por demás casero; el episodio más vulgar pone en juego personajes de crasa vulgaridad. Una muchacha campesina, enamorada de un borracho, es maltratada por su madre y huye con el novio; tiene un hijo; es abandonada; vuelve á la casa materna, el hijo muere, y ella cuenta á un viejo tío la banal historia de sus soeces amores.

Cuando tanto abundan los libros, y los buenos libros, no es de perfecto mal gusto defraudar la atención de un lector con relatos tales? ¿Qué puede interesar á usted, y al de más allá, y á mí, la aventura vulgarísima de una de tantas *zafias*, contada así, inocentemente, sin revelar un movimiento interno, ni descubrir una causa, ni aventurar una conclusión? Fotografía, vil fotografía y, á más, hecha con malísimos aparatos. Cosas así se ven en el párrafo de gacetilla, en la calle del arrabal, sudando la misma vulgaridad y causando igual desagrado . . . ¿Realismo? ¿Naturalismo? Ya estamos ahitos de que se cubran con tal etiqueta todo hilacho sangriento, hediondo á vil humanidad; todo delito contra las costumbres; toda biografía de alcohólico ó de mujerzuela . . . Y todo eso sin un noble impulso, sin un anhelo de ideal, sin un prestigio de forma . . .

Después de escrito lo anterior, alguien me hace saber, que el Sr. Carlos D. González es muy joven, que cuenta sólo 14 años . . . Muy bien; eso quiere decir que tiene más tiempo para procurar corregirse de hacer malas novelas, que cualquiera otro escritor de mayor edad. Entretanto, debe estudiar mucho, ya que escribe con cierta fluidez, y no carece en absoluto de talento.

J. J. T.

LIBROS Y REVISTAS

Firme en su propósito, la revista salvadoreña, *El Ideal*, de seguir trabajando en pro de la unión de las repúblicas de Centro-América, expone en su último número lo que ella llama su Canon y que condensa en esta forma:

1.º Las libertades públicas en todas sus manifestaciones, no teniendo más límite que los lindes del derecho ajeno.

2.º La inviolabilidad de la vida y de la propiedad.

3.º La independendencia de la Iglesia y el Estado.

4.º Independencia y alterabilidad de los Poderes.

5.º Radiación é instauración de todos los positivos progresos; y

6.º La reconstrucción de nuestra Patria común: Centro-América.

*
* *

Con prólogo del Dr. Don José Peón Contreras, ha dado á luz pública, José Martínez de Arredondo y Castro, un volumen de versos, que titula, modestamente, *Ensayos*.

Nada notable ofrece el novel poeta yucateco, si no es una ingenua sinceridad que lo pone á salvo de las puyas de la crítica, y una exuberancia de sentimiento que explica bien á las claras sus desaliños y sus imperfecciones.

Así, entre las ciento y tantas composiciones que contiene el tomo, difícil sería seña-

lar una, una sola siquiera, que demostrara, si no lo que Arredondo puede hoy, sí lo que podrá mañana. En vano sería, aparte de las cualidades que dejamos señaladas, pedirle un rasgo, el más pequeño, no ya de originalidad, por lo menos de horror á los asuntos triviales. «Al Sol,» «A la Luna,» «El Arroyo,» «La Violeta,» etc., son una prueba, más que palpable, de su pobreza de imaginación.

Ni el Prólogo del Dr. Peón Contreras, ni las «Dos Palabras» de Fernández Couto, ni las «Impresiones» de Baldomero López, pueden dar al autor de *Ensayos*, con tanta desmedida lisonja, un ápice siquiera de lo que tiene que sacar de sí mismo, sin esperar que le venga de fuera.

El poeta *nace* y se forma con el cultivo constante de su inteligencia; jamás *se hace* con palabras laudatorias de sus amigos.

*
* *

Lo meramente verbal en poesía y lo que sólo retiene en pintura la expresión momentánea de la luz, opina un inteligente articulista de la *Revista Contemporánea* de Bogotá, estudiando la «Psicología del Impresionismo,» no parecen destinados á una larga vida. Si es una noción aceptada por el gusto que las obras fatigan y dejan las huellas de lo falso, cuando el autor se propone demostrar tesis de cualquier clase que sean, ó urdir adrede situaciones trascendentales para

enseñanza de las gentes; también se atreven algunos á sostener que las producciones artísticas, para merecer la atención de los que sienten y piensan, exigen algo más que juegos malabares de palabras ó exactitud matemática en el empleo de los colores. Trasladar las cosas, tales como son en la vida ordinaria, *en sí mismas* (quizás aquí exprese un concepto esta frase, de la metafísica); copiar, ó si se quiere, aprender un momento de la naturaleza, sin trasladar el artista á la obra una parte, más ó menos grande del espíritu, según la altitud de éste; ejecutar, sin crear, porque se tiene fuerza, aunque falte *virtud*, no es realizar propiamente la belleza. El creador transmite substancia propia á sus obras. Lo demás puede ser labor estimable; pero incompleta. Las cosas, las almas, las situaciones, los paisajes, los ambientes, son interesantes en cuanto los contempla, los estudia, los advierte, los interpreta un espíritu creador. Los objetos son bellos en nosotros; fuera de nosotros ignoramos su grado de hermosura. La simple impresión de los fenómenos es insuficiente en la vida intrasicológica para producir la emoción de la obra que merece haber nacido.

*
* *

Diego Dublé Urrutia, el selecto poeta chileno, autor del libro *Del Mar á la Montaña*, de que ya se ha ocupado *Revista Moderna*, nos participa atentamente haber cambiado su residencia á París, donde va á desempeñar el puesto de Segundo Secretario de la Legación de su país, suplicándonos demos esta nota para conocimiento de los amigos literatos que en México tiene.

Cordialmente felicitamos á Dublé Urrutia por su ingreso á la carrera diplomática, y gustosos cumplimos con su encomienda.

*
* *

No ha mucho tiempo, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas confirió

al Subdirector de Correos, Ingeniero Don Tomás Torres, la comisión de pasar á Europa á estudiar los diversos servicios postales de aquel Continente, á fin de poder llegar á implantar en México un sistema, lo más bien acabado posible, que tienda á hacer casi perfecto entre nosotros, ese importante ramo de la Administración Pública.

Como resultado de esa comisión, la Dirección General acaba de editar en un volumen de más de 150 páginas en 4º, un Informe detallado de todas las observaciones hechas por el Sr. Torres en España, Francia, Italia y Suiza.

Prácticas Postales (así se titula el documento referido), viene á ser no sólo el balance ó resumen de un estudio detenido, sino una inapreciable obra de consulta para todo empleado de Correos, y un valioso complemento de la *Práctica del Servicio Postal Mexicano*, á que nos referimos en el número pasado de esta *Revista*.

*
* *

En Medellín, Colombia, acaban de celebrarse con gran pompa unos Juegos Florales que, según el decir de *Lectura y Arte*, alcanzaron el éxito más completo.

Las principales composiciones premiadas fueron estas: «El Palacio del Arte,» por Eusebio Robledo, y «Crepúsculos,» por Antonio J. Cano (verso); «Arroyo,» por Juan de Dios Vázquez, y «Martita,» por Rafael Montoya Pérez (prosa).

*
* *

Entre las revistas españolas que han consagrado un homenaje á Cervantes en la celebración del tercer Centenario de «El Quijote,» merece especial mención *El Mundo Latino*, de Madrid, cuyo número del mes de Mayo viene dedicado, todo, á aquel gran ingenio y su obra.

Júzguese por el siguiente sumario:

Auto-Retrato, por Miguel de Cervantes Saavedra; *El Manco de Lepanto y su gran*

obra, por Mariano José Madueño; *La Envidia*, por Victor Hugo; *La salida de Don Quijote*; *Cervantes en Alemania*, por Max Nordau; *Presentación de la hermosa Dorothea*; *La Imitación de Nuestro Señor Don Quijote*, por Antonio Palomero; *Discurso de las armas y las letras*; *Patriótico Homenaje á Cervantes. Bibliografía crítica de sus obras*, por Leopoldo Rius; *Don Quijote en casa de los Duques*; *Distribución geográfico-lingüística de las impresiones del Quijote*, por Eduardo Navarro y Sánchez Salvador; *La Mancha en tiempo de Cervantes*, por Antonio Blázquez; *Crónica General Europea*; *Testamento de Don Quijote*; *Literatura del Día* (versos de varios autores); *El Centenario en América*.

*
* *

La Gaceta de Guadalajara, importante y prestigiada publicación política y de variedades, aparecerá nuevamente el día 1º de Julio, en la capital del próspero Estado de Jalisco, después de una suspensión de cerca de un año.

*
* *

La culta revista salvadoreña, *Gente Nueva*, dedica, también, á Cervantes y «El Quijote,» su edición correspondiente al mes de Mayo último. Su texto, aunque reproducido, es de los más bien seleccionados que hemos podido ver en las publicaciones literarias de la América latina.

*
* *

Editado por la popular casa Sampere, de Valencia (España), llega á nuestras manos un nuevo libro del laborioso y viril escritor argentino Manuel Ugarte.

El Arte y la Democracia se titula, y es, nada menos, que una continuada serie de artículos sobre propaganda socialista y sobre preceptos de literatura del día, todos inspirados en el más puro eclecticismo y conservando entre sí cierta unidad de concepción.

A reserva de que nuestro compañero José Juan Tablada, quien, en una nota biblio-

gráfica, se ocupó no ha mucho de *Visiones de España*, del mismo autor, se ocupe detenidamente de esta nueva obra, y apruebe ó repruebe los conceptos que Ugarte vierte en defensa de su credo, con el que José Juan dijo no estar de acuerdo, reproducimos á continuación parte del artículo *La verdad y la literatura*, por creerlo digno de ser conocido.

Dice así:

«No está por demás que, de tiempo en tiempo, abandonemos las generalidades de la propaganda y la doctrina para discutir con los que rebaten nuestras afirmaciones. La esgrima ayuda á mantener el vigor y la flexibilidad de los músculos. Además, conviene que en nuestro tiempo, en que, de un modo ó de otro, todos contribuimos á forjar el porvenir, se afane cada cual por delimitar su responsabilidad y sus principios. Las objeciones, que sólo irritan á los débiles, tienen á veces la virtud de precisar nuestro propio pensamiento y de facilitar retoques ó confirmar certidumbres, que sin ellas se perderían en la media sombra de los monólogos cerebrales.

«Siempre he creído que un libro, después de publicado, pertenece á todos menos al autor, que, sujeto al engranaje de su actividad intelectual, corre hacia nuevas realizaciones. Sólo se releen los impotentes, como sólo se contemplan en el espejo los que desconfían de sí mismos. Sin embargo, el que escribe tiene el deber de asumir la responsabilidad de sus ideas y de defender su manera de juzgar, no por mezquino orgullo de padre susceptible, sino porque al enunciar una verdad contrae con ella, en cierto modo, el compromiso de defenderla en toda circunstancia.

De ahí que tome otra vez la pluma para explicar, ante críticas que juzgo inmerecidas, el espíritu y la letra de esas pobres *Visiones de España*, que me han valido tantos reproches y tantas amistades nuevas. Que los lectores disculpen si vuelvo á insistir sobre el asunto. A ello me obliga el deseo de preservar la verdad.»

L. C.



el tono de la conferencia desde el primer momento, haciéndolo seguro y claro, como quien busca salida ante una catástrofe vulgar. Si alguna vez incurrió en equivocaciones, fué porque el cansancio se apoderaba de su atención y le arrastraba la costumbre de hablar en público. Entonces, se enderezaba y, olvidándose de Redwood, empezaba á perorar y justificarse. Una vez se le escapó un «Señores.» Hablaba largo y tendido, tranquila é imperturbablemente, y hubo momentos en que Redwood dejó de creerse un interlocutor para convertirse en auditorio de un monólogo.

El viejo químico tuvo el privilegio de presenciar un fenómeno extraordinario: observó una suerte de diferencia específica entre su persona y la de aquel ser que con su hermosa voz le envolvía continuamente, hablando sin cesar. Redwood sintió poderosa y limitada á la vez la inteligencia de Caterham. La energía arrebatadora de éste, su fuerza personal y su olvido completo de ciertas cosas, sugirió á Redwood una de las imágenes más grotescas y extrañas: en lugar de ver en su antagonista un ser igual á sí mismo, un hombre moralmente responsable de sus actos y á quien se pudieran di-

rigir reflexiones razonables, vió en él algo muy parecido á un terrible rinoceronte, como si dijéramos un rinoceroute civilizado, engendrado en las selvas de la democracia, un monstruo de irresistible ímpetu y de resistencia invencible. En todas las teorías de aquella enredada madeja, Redwood era abrumado.

Pues ¿y en lo demás? Aquel hombre estaba admirablemente dispuesto para abrirse camino á través de las multitudes humanas. Para él no había falta tan importante como la contradicción de sí mismo, ni ciencia tan esencial como la conciliación de intereses encontrados. Las realidades económicas, las necesidades topográficas, hasta el manantial de expedientes científicos apenas investigados, existían para él como para su prototipo animal existen los ferrocarriles, las escopetas ó la literatura geográfica. Para él no había sino reuniones políticas, juntas electorales y votos; sobre todo votos: Caterham era la encarnación de los votos, de millones de votos.

Y ahora, en aquella gran crisis que había destrozado, pero no vencido á los gigantes, Caterham hablaba. ¡Era tan evidente que le quedaba que aprender! Caterham no sa-

bía aún que hay leyes físicas y leyes económicas y cantidades y reacciones que todos los votos de la humanidad no pueden destruir, y que si se desobedecen es solo á costa de la propia destrucción; él no sabía que hay leyes humanas que la fuerza de la ilusión óptica no llegará á vencer, y que si llegaran á ser dominadas, sería sólo para volver luego con mayor violencia á ejercer su influjo. ¡Ante una bala de cañón ó en el día del juicio final, Caterham se cobijaría detrás de algún voto de la Cámara de los Comunes, curiosamente amañado!

Lo que más preocupaba su mente no eran las fuerzas que invadían la fortaleza del Sur, ni la derrota, ni la muerte, sino el efecto que esto produciría en su mayoría, que era el objeto principal de su vida. ¡Tenía, por lo tanto, que destruir á los gigantes ó hundirse! Y no estaba completamente desesperado de conseguirlo: en aquella hora de desastre completo, con sus manos rojas de sangre, y esperando aún mayores estragos, se sentía capaz de conseguir con el solo esfuerzo de su voz, explicando, calificando y rectificando, la reconstitución de su poder. Estaba, es verdad, algo perplejo y agobiado, cansado y abatido; pero, con tal de poder sostenerse y seguir perorando, hablando. . . .

Mientras hablaba, le parecía á Redwood que Caterham avanzaba y retrocedía, que se dilataba y contraía. Y la parte del sabio químico en el discurso se reducía á introducir como de matute y á manera de cuñas alguna de estas frases: *¡Todo eso es un disparate! ¡No! ¡Es inútil pensar en eso! ¡Por qué empezasteis?* Y en vista del carácter de Caterham, fuerza es dudar que el político las oyese siquiera.

El discurso de Caterham envolvía tales preguntas y exclamaciones como un torrente envuelve las rocas que le obstruyen el paso. Allí estaba aquel hombre increíble en su aposento oficial, hablando, hablando con inmensa fuerza y habilidad, hablando incessantemente, como si una pausa en su peroración, una interrupción en sus explicaciones, en la presentación de sus principios y

miras, en sus consideraciones y expedientes, pudiera dar lugar á algún influjo antagonista; allí estaba entre los mustios esplendores de su habitación oficial, en la cual hombre tras hombre habían sucumbido ante la creencia de que cierto poder de intervención era el gobierno creador de un imperio. Desde fuera y obscureciendo la habitación, una sola hoja de enredadera gigante de Virginia golpeaba los cristales.

Cuanto más hablaba Caterham, más aumentaba en Redwood la certeza de su futilidad estupenda. ¿Se daba aquel hombre cuenta de que mientras él hablaba sin cesar, todo aquel mundo grande estaba en movimiento? ¿No veía que la ola invencible de grandeza subía cada vez más, y que lo que necesitaba eran tiempo y armas, y no discusiones parlamentarias ni votos de censura.

Redwood ansiaba poner término á aquel pasmoso monólogo y escápar adonde hubiera salud y juicio: hacia el citado campamento, hacia aquella fortaleza del porvenir en que se habían reunido los hijos de la Herakleofobia. Por esto, aguantaba el torbellino de palabras huera y tontas; pero se apoderaba de él la extraña sensación de que si no llegaba á terminar pronto aquel monólogo, éste le arrastraría, y entonces se vería precisado á luchar contra la voz de Caterham del mismo modo que se lucha contra una droga. Pero los hechos se habían alterado ya y seguían alterándose bajo el hechizo de la voz del hábil político. Y ¿qué decía aquel hombre? Hablaba de homicidio. ¿Y luego? Luego, proponía un convenio: proponía que los hijos del alimento que hubiesen sobrevivido, capitulasen y se fueran á formar lejos, muy lejos, una comunidad aparte y propia.

—¿Dónde?—le interrumpió Redwood dejando ya los argumentos á un lado.

Caterham se agarró á la concesión que envolvía esta pregunta. Volvió los ojos á Redwood y su voz tomó cierto tinte de persuasiva realidad:

—Eso ya se determinará, eso es una cuestión secundaria.



Luego, siguió estipulando condiciones.

—Y fuera de ellos y del sitio donde estén, debemos tener dominio absoluto. ¡El alimento y todos sus frutos tienen que ser destruidos!

Redwood, ya dentro de la negociación, observó:

—¿Y la princesa?

—Esa es cuenta aparte,—replicó Caterham.

—No,— respondió Redwood luchando por recobrar el terreno perdido.—¡Sería un absurdo!

—De eso ya trataremos más adelante.... Hemos quedado, de todos modos, en que la fabricación del alimento ha acabado de una vez. . . .

—Yo no he acordado nada,—observó Redwood.

—Pero, en un planeta, ¿cómo ha de haber dos razas, una grande y otra pequeña? —dijo Caterham con grande energía.— Porque si ahora, con ese terrible invento de usted llegara á desarrollarse una raza de gigantes que aumentaran y se multiplicaran y quisieran invadirlo todo y ahogarnos á los que por tradición, por fuerza lógica é indiscutible, tenemos derecho á la libertad y

á la vida, yo le aseguro á usted que pondría de mi parte todos los medios conocidos para impedirlo. . . . Por lo pronto, si los hijos de la Herakleofobia no admiten los términos de la proposición que ahora mismo voy á hacer á usted para que la haga conocer á aquellos monstruos, ordenaré á todas las tropas de que dispone la nación que se pongan en campaña y se lancen al exterminio de los engreídos gigantes. ¡Figúrese usted el espectáculo de un poderoso cuerpo de ejército, fuerte, organizado, disciplinado, dedicado á la destrucción! Pues he aquí el cuadro, el aspecto que ofrecerá nuestra lucha con los hijos de Boomfood. Porque habrá guerra, ¡sí, la habrá, con terribles combates, enorme carnicería, derramamiento de sangre desconocido hasta ahora en la Historia! ¡A la grandeza del enemigo corresponderá la grandeza de los medios que se pondrán en acción para exterminarlo!

—Yo no vengo á discutir aquí,—contestó Redwood.—Yo quiero estar al lado de los gigantes, yo necesito ver á mi hijo. . . . Por eso he aceptado hablar con usted. . . .

Caterham empezó otro discurso sobre los términos del pacto que deseaba llevar á cabo. A los hijos del alimento se les entrega-

ría un gran terreno en la América del Norte ó acaso en Africa, donde pudieran terminar su vida, á su gusto y manera.

—¡Pero eso es un disparate! —observó Redwood.—Porque no es sólo en Inglaterra donde hay gigantes. Ya los hay también en el extranjero, por toda Europa, aquí y acullá. . . .

—Haríamos un convenio internacional, cosa que no es imposible. . . . Ya se ha hablado de ello. . . . En su terreno reservado, esos monstruos podrían vivir á su gusto, hacer lo que quisieran y como lo quisieran. Pueden vivir contentos. . . . ¡Figúrese usted!. . . . ¡Y así salvaremos el mundo, señor mío! ¡Sí, lo salvaremos de los horribles frutos de ese terrible descubrimiento! Todavía hay tiempo para que podamos armonizar la conveniencia con la compasión: aun estamos quemando hoy y cauterizando los sitios donde cayeron ayer las bombas. Pero ya lo dominaremos todo. . . . Confíe usted en mí y verá cómo acabamos con la anormalidad sin recurrir á la crueldad ni á la injusticia.

—Pero— observó Redwood,— supongamos que los hijos de la Herakleoforbía no están conformes con tales resoluciones. . . .

Por primera vez miró Caterham frente á frente al sabio.

—¡Se les obligará á estarlo!

—No creo que acepten.

—¿Por qué no habían de aceptar?—preguntó Caterham con expresión de grandísimo asombro.

—Suponed que no quieran. . . .

—¿Qué ha de haber entonces si no guerra? No podemos consentir que la cosa siga así, ¡no puede ser de ningún modo, caballero! Pero ¿es que no tienen imaginación alguna los hombres de ciencia? ¿No tienen ustedes tampoco compasión del prójimo? ¡Es imposible que dejemos que aplaste á nuestro mundo un rebaño creciente de monstruos semejantes y de grandezas tan enormes, como las que ha producido vuestro alimento! ¡No podemos ni queremos consentirlo!. . . . Y recuerde usted que lo que ha ocurrido es sólo el principio: esto

puede llamarse una escaramuza, una simple cuestión de policía, porque detrás de nosotros tenemos á toda la nación y á la humanidad entera, ¡detrás de los millares que han muerto hay millones! Ya veis, pues, que no podéis dudar de que acabaremos con vuestros enormes hijos. Y si os figuráis que dos docenas de gigantes van á resistir todas las fuerzas de nuestro pueblo y de todos los pueblos aliados que vendrán en nuestra ayuda; si pensáis que podéis variar la humanidad y cambiar hasta la naturaleza del hombre. . . .

Estiró el brazo y dijo á Redwood:

—Entonces, ¡podéis marcharos con ellos, caballero!. . . . ¡Id con ellos!

—Eso es lo que deseo.

Y con esto terminó la conferencia.

La ostentación se habia acabado, y, en el acto, pareció contraerse el orador hasta volver á ser nuevamente el hombre de cara amarillenta, exhausto, de estatura mediana y de edad regular.

Avanzó dos pasos como si saliera de un cuadro, y con la pretensión de franca amabilidad de que dan muestra todos los políticos cuando tratan de resolver los conflictos públicos, extendió la mano á Redwood.

CAPÍTULO V.

En el campo de los Gigantes.

I

Al poco rato se encontró Redwood en el tren que se dirigía al Sur atravesando el Támesis. Tuvo una vaga visión del río, que brillaba con las luces, y de humo, que se elevaba del sitio en que habia caído la bomba en la orilla del Norte, donde esperaba un gran tropel de hombres dispuestos para quemar la Harakleoforbía del suelo. La orilla Sur estaba obscura; por razones especiales ni siquiera estaban alumbradas las calles, y sólo podían destacarse de entre la negrura, las líneas de las torres de alarma contra incendios y contra las ratas gigantes, y los hacinamientos que formaban las casas y escuelas.